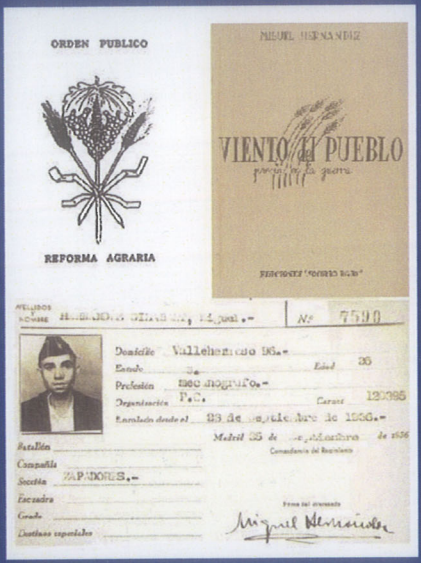
PROBLEMAS HISTÓRICOS Y ESTÉTICA | BIBLIOTECA CRÍTICA LUSO HISPÁNICA

Miguel Hernández

Del fascismo al comunismo

David Becerra Mayor



Ediciones del Orto

UNIVERSIDAD DE MINNESOTA

David Becerra Mayor es doctor en Literatura Española por la UAM. Ha publicado artículos de crítica literaria en revistas especializadas alrededor de obras como *La Celestina* o *El Quijote* y la producción literaria de escritores como Quevedo, Torres Villarroel, Galdós, García Lorca, Max Aub o Miguel Hernández. Ha participado como conferenciante en distintas instituciones académicas y culturales nacionales (UAM, Universidad de Salamanca, Universidad de Cádiz, Biblioteca Nacional, Ateneo Científico y Literario de Madrid, etc.) e internacionales (Universidad de Ljubljana, Universidad de La Habana, UNAM). Es autor, con Antonio J. Antón Fernández, de la biografía *Miguel Hernández: la voz de la herida* (El Páramo, 2010), del libro colectivo *Qué hacemos con la literatura* (con R. Arias Careaga, J. Rodríguez Puértolas y M. Sanz) (Akal, 2013), de la edición crítica de *La mina* de Armando López Salinas (Akal, 2013) y del ensayo *La novela de la no-ideología* (Tierradenadie, 2013).

BIBLIOTECA CRÍTICA DE LA LITERATURAS
LUSO-HISPÁNICAS
45

MIGUEL HERNÁNDEZ
DEL FASCISMO AL COMUNISMO

David Becerra Mayor

Ediciones del Orto

Universidad de Minnesota

BIBLIOTECA CRÍTICA DE LAS LITERATURAS LUSO-HISPÁNICAS
Problemas Históricos y Estética

Directores:
Rodolfo Cardona, Alfonso Martínez Díez,
Anthony N. Zahareas

Comité científico:
Raquel Arias, José Esteban, Carlos García Gual, Russell Hamilton, Efthimía Pandís Pavlakis, Hernán Vidal

Coordinadores:
Reyes Coll Tellechea, Oscar Pereira, Natalia Escudero

Primera edición: 2014

© David Becerra Mayor
© Alfonso Martínez Díez, *Editor & Publisher*
© EDICIONES CLÁSICAS • EDICIONES DEL ORTO
© Natalia Escudero, Coordinadora
c/ San Máximo 31, 4° 8
Edificio 2000 • 28041 Madrid (Spain)
Telfs. 91-5003174 / 5003270
Fax 91-5003185. E-mail: ediclas@arrakis.es
www.edicionesclasicas.es

I.S.B.N.: 84-7923-508-X
Depósito Legal: M-21154-2014
Impreso en España

Imprime MALPE S.A.

Soy, sin ser nada, comunista y fascista
Miguel Hernández
(carta escrita a Federico García Lorca
el 30 de mayo de 1933)

ÍNDICE

I. CUADRO CRONOLÓGICO 5
1. Biobibliografía de Miguel Hernández 6
2. Acontecimientos literarios y culturales 10
3. Acontecimientos históricos, políticos y sociales .. 11

II. MIGUEL HERNÁNDEZ, DEL FASCISMO AL COMUNISMO 13
1. Miguel Hernández en su radical historicidad .. 14
2. El fascismo de Miguel Hernández 19
3. El comunismo de Miguel Hernández 32
4. La desideologización de Miguel Hernández. Balance de un centenario 41

III. SELECCIÓN DE TEXTOS 53

IV. BIBLIOGRAFÍA 91

I

CUADRO CRONOLÓGICO

1. Biobibliografía de Miguel Hernández

1910 El 30 de octubre nace Miguel Hernández en Orihuela (Alicante), en la larga y estrecha calle de San Juan, hijo de Miguel Hernández Sánchez y Concepción Gilabert Giner, conocidos en el pueblo como los «Vicenterre». Fue el tercer hijo del matrimonio.

1913 La familia Hernández Gilabert se traslada a vivir a la calle de Arriba, 73, ubicada a pie de montaña.

1914 Miguel Hernández es matriculado en un centro privado de educación preescolar, Nuestra Señora de Montserrate, donde ocupó pupitre hasta febrero de 1916.

1918 Accede al colegio de Ave María, adonde acudían los niños pobres del barrio. El centro era una dependencia del Colegio de Santo Domingo, de la Orden de los jesuitas.

1922 Asiste al Colegio Santo Domingo.

1924 Abandona definitivamente los estudios. Primero entra a trabajar de aprendiz en un comercio de Orihuela. Tras incendiarse el local, Miguel Hernández empieza a hacerse cargo del cuidado de las ochenta cabras que, aproximadamente, componían el rebaño de su padre.

1929 Conoce a los miembros del grupo de la Tahona, en el Horno de Fenoll. Carlos y Efrén Fenoll, Jesús Poveda y los hermanos Justino y José María Gutiérrez, los cuales, a diferencia de los demás chicos, ya usaban los pseudónimos de Gabriel y Ramón Sijé, respectivamente, se reunían en la trastienda de la panadería. Miguel Her nández se incorpora pronto a la tertulia, donde forja una gran amistad con Carlos Fenoll y Ramón Sijé.

1930 El 13 de enero de 1930 publica su primer poema, «Pastoril», en el periódico *El Pueblo de Orihuela.* El poema está firmado en La Huerta, a 30 de diciembre de 1929.

1931 El 30 de noviembre, emprende su primer viaje a Madrid. Su primera estancia en la capital republicana estará marcada por las penurias económicas.

1932 El 14 de enero, Ernesto Giménez Caballero publica, en su revista *El Robinsón Literario,* un artículo sobre Miguel Hernández titulado «Un nuevo poeta pastor». Al artículo se adjunta la transcripción de la carta que le envía Miguel Hernández a Giménez Caballero para dar publicidad a su petición de empleo. El 20 de febrero la revista *Estampa* publica un reportaje sobre Miguel Hernández, donde se le presenta como un joven con gran proyección en el ámbito de la poesía española. Desde las páginas de *Estampa* asoma el deseo de los editores –que suena a petición– de que el Ayuntamiento de Orihuela o la Diputación de Alicante «le tiendan una mano» a Miguel Hernández, pues es lo único que le falta al poeta, porque él ya tiene «lo que no se compra». Esto es, una subvención pública que le permita vivir de la poesía. En el mes de marzo, ocupa plaza en una pensión para indigentes, la Posada del Peine, tras ser expulsado de la pensión en la que se hospedaba por poder hacerse cargo del pago. A mediados de mayo empieza a plantearse la necesidad de regresar a Orihuela. No tiene apenas dinero y no ha logrado integrarse en los círculos poéticos madrileños. El 17 de mayo es detenido por la Guardia Civil en Alcázar de San Juan por viajar con un billete de caridad que no se correspondía a su cédula de identificación. El 2 de octubre se celebra en Orihuela el homenaje a Gabriel Miró, fallecido en mayo de 1930. El acto lleva por título *Romería lírica de Oleza con motivo*

de la inauguración del monumento al escritor levantino Gabriel Miró.

1933 Conoce a la que será su esposa, Josefina Manresa. El 2 de enero conoce a Federico García Lorca en en el número 2 de la calle de la Merced de Murcia, en la casa del editor Raimundo de los Reyes, donde acude Miguel Hernádnez para realizar la corrección de pruebas de *Perito en lunas*, su primer poemario. El 20 de enero se publica *Perito en lunas* en la colección Sudeste del diario murciano *La Verdad*. La edición consta de 54 páginas y se edita con una tirada de 300 ejemplares.

1934 En el mes de marzo, emprende su segundo viaje a Madrid. Publica en *Cruz y raya*, la revista dirigida por José Bergamín, su auto sacramental titulado *Quien te ha visto y quien te ve y sombra de lo que eras*. El 19 de junio sale a la luz, en Orihuela, la revista de orientación católica *Gallo Crisis*, fundada y diriga por su amigo Ramón Sijé. Miguel Hernández colabora con la publicación de distintos poemas. El 19 de julio de 1934 y el 30 de noviembre realiza su tercer y cuarto viaje a Madrid. Estos viajes supondrán un cambio en la mentalidad de Miguel Hernández, pues conocerá a Pablo Neruda, poeta y cónsul de Chile en España, entrará en contacto con Manuel Altolaguirre y María Zambrano, Luis Cernuda y con la pareja compuesta por Rafael Alberti y María Teresa León. En septiembre de 1934 su universo literario se sigue expandiendo al tomar contacto con la denominada, con el tiempo, Escuela de Vallecas, en particular con Alberto Sánchez y Maruja Mallo. También establece un lazo importante con Benjamín Palencia, quien se iba a encargar de las ilustraciones de la segunda versión del *Silbo vulnerado*, que Miguel pretendía publicar en *Cruz y Raya* y que finalmente Bergamín desestimó al considerar que resonaban demasiados ecos sijenianos en el poemario. Frecuenta la tertulia que se celebra en casa de Pablo Neruda, la conocida «Casa de las Flores», ubicada en calle Rodríguez San Pedro, esquina con Hilarión Eslava.

1935 En febrero, cuando llega de nuevo a Madrid con la intención de instalarse definitivamente, se incorpora a las Misiones Pedagógicas con Enrique Azcoaga. En marzo empieza a trabajar para José María Cossío, quien está preparando la enciclopedia *Los toros*. Se deteriora su amistad con Ramón Sijé y también su relación sentimental con Josefina Manresa. Los nuevos aires que respira en la ciudad capitalina le alejan del mundo tradicional que representa su vida en Orihuela. El 12 de junio de 1935 participa en el homenaje que Pablo Neruda recibe con motivo de la publicación de *Residencia en la tierra*. El acto fue organizado por Federico García Lorca, Jorge Guillén y el propio Miguel Hernández. En verano escribe un «drama de la montaña y sus trabajadores», *Los hijos de las piedras*, posiblemente inspirado en el episodio histórico de la revolución –y la consiguiente represión– de los mineros de Asturias que tuvo lugar en octubre de 1934. El cuadro escénico, donde retumban los ecos de la Fuenteovejuna de Lope de Vega, retrata la rebelión desesperada de un grupo de trabajadores contra el patrón de las minas en la aldea de Montecabra. Conoce a Vicente Aleixandre el 23 de septiembre, a raíz de la publicación de su libro *La destrucción o el amor*, que entusiasma a Hernández. En octubre se publica el primer número de la revista *Caballo verde para la poesía*, bajo la dirección de Pablo. Miguel Hernández

colabora con la publicación de versos. El 24 de diciembre, Ramón Sijé muere prematuramente en su casa de Orihuela. La noticia le llega a Miguel, con dos días de retraso, a través de Vicente Aleixandre, quien ha leído la noticia en un breve del diario *El Sol*. La muerte del amigo –hermano, le llamaba en ocasiones– causará un dolor profundo en Miguel, a pesar de las diferencias y el distanciamiento que se había producido en los últimos años. No hay expresión más clara de dolor que la elegía que le compone Miguel y que publica, con otros seis sonetos de su próximo libro, en *Revista de occidente*.

1936 El 6 de enero es detenido por la Guardia Civil en San Fernando del Jarama. Este episodio crea un gran revuelo; los intelectuales más relevantes de la época publican un manifiesto para denunciar la actuación desproporcionada de las fuerzas del orden. Tras ser liberado, Miguel Hernández acude a casa de Rafael Alberti y María Teresa León y les dirá: «Estoy con vosotros. Lo he comprendido todo». Y se afilia al Partido Comunista de España (PCE). El 24 de enero se publica su poemario *El rayo que no cesa*. El 14 de abril se celebra en Orihuela un homenaje a Ramón Sijé, en el que Miguel Hernández lee la elegía que le había compuesto. Viaja a Orihuela el 29 de julio. El 13 de agosto muere en Elda, a consecuencia de un tiroteo seguramente producido por miedo y el desorden de los primeros días de la sublevación, el padre de Josefina Manresa, guardia civil de profesión. El 18 de septiembre regresa a Madrid. Se dirige al convento de la calle Francos Rodríguez, donde se estaba formando el quinto batallón de voluntarios milicianos. El 23 de Septiembre, se alistará (ficha número 7.590), como «mecanógrafo». El 25 de septiembre es destinado a Cubas, en cuyo frente contrae una infección que le conducirá de vuelta a Madrid, tras su paso por Valdemoro. También pasará por el frente de Pozuelo y Boadilla. En noviembre, en Alcalá de Henares, Miguel forja una gran amistad con el miliciano cubano Pablo de la Torriente Brau, que morirá el 18 de diciembre, con una «muerte serena». En diciembre viaje a Orihuela y a Cox para visitar a su familia y a Josefina.

1937 Es destinado, en el mes de febrero, a Andalucía, al «Altavoz del Frente». El 9 de marzo se casa con Josefina Manresa. Pasan la luna de miel en Alicante y en Albacete. El 11 por la noche llegan a Jaén y comparten unos días juntos. El día 19 tendrán que separarse de nuevo: Miguel debe reincorporarse al frente de Extremadura y Josefina tiene que acudir a atender a la madre, muy enferma. Publica en distintas revistas: *Nueva Cultura, El Mono Azul, Al Ataque, Frente Sur, Hora de España*, etc. La palabra escrita del poeta circula ya por todas estas revistas y periódicos e incluso en las tarjetas postales que se reparten a los soldados en las trincheras. En julio participa en el II Congreso Internacional de Intelectuales en Defensa de la Cultura, celebrado entre Valencia y Madrid. A finales de agosto Miguel Hernández sale por primera vez de España. Inicia un fascinante viaje por Europa hasta llegar a la URSS. A través de una invitación de Moscú, cursada al Ministerio de Instrucción Pública, Miguel acompaña a la delegación que representa a España en el V Festival de Teatro Soviético. Su estancia en el país socialista, de aproximadamente un mes, pese a sus constantes problemas de salud, le depara una frenética actividad política y

cultural: representaciones teatrales, visitas a fábricas y a escuelas de niños españoles evacuados y encuentros con intelectuales, son algunas de sus funciones en la URSS. Regresa a España el 10 de octubre de 1937. A su vuelta encuentra publicado su nuevo libro *Viento del pueblo*, de cuya edición se había encargado Socorro Rojo de Valencia. Publica también *Teatro en la guerra* y *El labrador de más aire*. El 19 de diciembre nace Manuel Ramón, su primer hijo.

1938 En abril obtiene un accésit del Concurso Nacional de Literatura por su obra de teatro *Pastor de la muerte*. El 19 de ocutubre muere su hijo.

1939 El 4 de enero nace su segundo hijo, Manuel Miguel. El 9 de marzo, sale de Madrid rumbo a Valencia. Saca de las prensas, cuando el proceso de edición no ha terminado todavía, *El hombre acecha* y se dirige a Cox a reunirse con Josefina. El primero de abril emprende un viaje que le lleva a visitar Madrid, Sevilla y Cádiz con el fin de contactar con amigos falangistas que le ofrezcan protección. El consejo unánime de que abandone España le conduce a Portugal. El 29 de abril llega a Rosal de la Frontera, donde es detenido por la policía portuguesa, que lo entrega al Puesto fronterizo del Cuerpo de Investigación y Vigilancia de Fronteras. Le trasladan a la cárcel de Sevilla. El 15 de mayo es trasladado a la madrileña cárcel de la calle Torrijos. Tras varias declaraciones y la presentación de pruebas irregulares, el 15 de septiembre es liberado inesperada y extraordinariamente. En un primer momento, Miguel Hernández acude a la Embajada de Chile para solicitar asilo político. La entrevista, mantenida esta vez con Germán Vergara Donoso, resulta insatisfactoria. Miguel decide regresar a Cox para ver a Josefina y, a continuación, trasladarse a Orihuela. Llega a su ciudad natal el 18 de septiembre y, nada más pisar su tierra, es detenido por «adhesión a la rebelión militar», debido a la denuncia de José María Martínez, apodado *el Patagorda*. Miguel es encerrado en el sótano del seminario –convertido ahora prisión– de San Miguel. El 1 de diciembre es trasladado a Madrid. En la prisión de la Plaza de Conde de Toreno comparte cautiverio con Antonio Buero Vallejo.

1940 El 18 de enero de 1940 es condenado a pena de muerte. A finales de junio de 1940, se conmuta la pena de muerte de Miguel por una condena de treinta años y un día de cárcel. Prosigue su «turismo carcelario». El 22 de septiembre es trasladado a la cárcel de Palencia, hasta que el 28 de noviembre ingresa en el Reformatorio de Adultos de Ocaña. En esta prisión recibe la visita de Ernesto Giménez Caballero y José María Cossío, quienes le ofrecen que reniegue de sus ideas a cambio de su libertad. Miguel Hernández, que no quiere ser tratado como una «puta barata», rechaza la oferta.

1941 El 29 de junio vuelve al Reformatorio de Adultos de Alicante. En la celda asignada concluirá su *Cancionero y romancero de ausencias*, antes de caer gravemente enfermo a finales de noviembre. Le diagnostican una fiebre tifoidea, que le deja agotado y deriva en una forma de tuberculosis pulmonar aguda.

1942 La muerte parece llamar a su puerta y, consciente de sus pocos días de vida, decide con urgencia casarse religiosamente con Josefina, para que su esposa tuviera, en su viudez, todas las garantías legales cubiertas. Fue el 4 de marzo de 1942. La ceremonia se celebró en la enfermería del reformatorio. El 28 de

marzo, a las 5.30 horas de la mañana, Miguel Hernández Gilabert «murió de tuberculosis y de comunismo».

2. Acontecimientos literarios y culturales

1910 Muere Tolstoi

1912 Antonio Machado publica *Campos de Castilla*. Muere Menéndez Pelayo.

1913 Miguel de Unamuno publica *El sentimiento trágico de la vida*.

1914 Juan Ramón Jiménez publica *Platero y yo*.

1915 Franz Kafka publica *La metamorfosis*.

1916 Muere Rubén Darío. Freud publica *Introducción al psicoanálisis* y Einstein *Teoría de la relatividad*.

1917 Lenin publica *El Estado y la revolución*.

1921 Luigi Pirandello publica *Seis personajes en busca de autor*

1922 James Joyce publica *Ulises*. Jacinto Benavente recibe el Premio Nobel de Literatura.

1923 Nace el *Teatro Proletario* de Piscator. José Ortega y Gasset funda *Revista de Occidente*.

1924 Thomas Mann publica *La montaña mágica* y Pablo Neruda, *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. En cine, Eisenstein estrena *La huelga*.

1925 Rafael Alberti publica *Marinero en tierra* y Ortega y Gasset, *La deshumanización del arte*. Eisenstein estrena *El acorazado Potemkin*. Rafael Alberti y Gerardo Diego comparten el Premio Nacional de Literatura.

1927 Martin Heidegger publica *Ser y tiempo*; Karl Jung, *Lo inconsciente*. Tercer centenario de Góngora. Joaquín Arderíus publica *La espuela*.

1928 Federico García Lorca publica *Romancero gitano*. Bertolt Brecht estrena *La ópera de los tres centavos*. José Díaz Fernández publica *El blocao*.

1929 Exposición Universal en Barcelona y Sevilla. Ernest Hemingway publica *Adiós a las armas*. Ortega y Gasset publica *La rebelión de las masas*; Rafael Alberti, *Sobre los ángeles* y José Díaz Fernández, *La Venus mecánica*.

1930 Ramón J. Sénder publica *Imán* y César M. Arconada *La turbina*; Valle Inclán, *Martes de carnaval*, y Luis Buñuel estrena *Edad de oro*. Robert Musil publica *El hombre sin atributos*.

1931 Lorca publica *Poemas de cante jondo*. Se publica *Campesinos* y *Lumpenproletariado* de Arderíus.

1932 Primera representación de «La Barraca». Vicente Aleixandre publica *Espadas como labios*; Miguel Mihura, *Tres sombreros de copa*; Gerardo Diego, la *Antología de la poesía española*; y Sénder, *Siete domingos rojos*. Aldous Huxley publica *Un mundo feliz*.

1933 Pablo Neruda publica *Residencia en la tierra*, García Lorca estrena *Bodas de sangre* y Pedro Salinas publica *La voz a ti debida*. Arconada publica *Los pobres contra los ricos*.

1934 Mueren Ramón y Cajal y el torero Ignacio Sánchez Mejías. Vicente Aleixandre recibe el Premio Nacional de Literatura. Luis Cernuda publica *Donde habite el olvido*; Arconada, *Reparto de tierras*; y García Lorca estrena *Yerma*. Luigi Pirandello recibe el Premio Nobel de Literatura.

1935 Rafael Alberti publica *El poeta en la calle* y Vicente Aleixandre, *La destrucción o el amor*. Manuel D. Benavides publica la novelareportaje *La revolución fue así*.

1936 Luis Cernuda publica *La realidad y el deseo* y Jorge Guillén, *Cántico*. Fusilan a Federico García Lorca. Mueren Unamuno y ValleInclán. Juan Ramón Jiménez se exilia a Puerto Rico. Se funda la revista *El mono azul* en la España republicana.

1937 Se funda la revista *Hora de España*. César Vallejo publica *España, aparta de mí este cáliz* y Nicolás Guillén, *España, poema en cuatro angustias y una esperanza*. Pablo Picasso pinta el *Guernica*.

1938 Jean Paul Sastre publica *La náusea*. Orson Wells emite *La guerra de los mundos*. Muere César Vallejo. Jorge Guillén y Luis Cernuda inician su viaje hacia el exilio.

1939 Se publica *Poemas humanos* de César Vallejo. Antonio Machado muere en Colliure (Francia), en el exilio.

1940 Se publica *Poeta en Nueva York*. Hemingway publica *Por quién doblan las campanas*. Se funda la revista *Escorial*.

1941 Rafael Alberti publica *Entre el clavel y la espada*.

1942 Luis Cernuda publica *Ocnos* y Camilo José Cela, *La familia de Pascual Duarte*.

3. Acontecimientos históricos, políticos y sociales

1910 Nace, en Barcelona, la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), sindicato anarquista. José Canalejas ocupa el cargo de Presidente del Consejo de Ministros por el Partido Liberal y, al poco de llegar al poder, se encarga de impulsar la «Ley del Candado», que insta a las congregaciones religiosas al pago de contribuciones con la finalidad de impedir la formación de nuevas órdenes eclesiásticas.

1912 Canalejas muere asesinado.

1914 El asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo desencadena el inicio de la I Guerra Mundial. España se declara neutral.

1915 Italia entra en guerra con Austria. Rusia se retira de Polonia. Las ciudades de París y Londres sufren los primeros bombardeos.

1916 Primera aparición de los tanques en las batallas de Verdún y del Somme. Asesinato de Rasputín en Rusia.

1917 EEUU declara la guerra a Alemania. El zar Nicolás II de Rusia abdica. Primer Congreso de los *Soviets*. Se inicia la Revolución Rusa en octubre.

1918 Fin de la I Guerra Mundial.

1919 Se firma el Tratado de Versalles. Se funda la *Tercera Internacional*. Insurrección «espartaquista» en Verlín. Asesinato de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht. En México, Emiliano Zapata es asesinado y Pancho Villa capturado.

1922 Marcha fascista sobre Roma. Se funda la URSS.

1923 Inicio de la Dictadura de Primo de Rivera. En Alemania, Hitler asciende al poder por medio de un Golpe de Estado. En México, es asesinado Pancho Villa. En la URSS, Lenin es nombrado presidente. Se celebra en Múnich el primer congreso nazi.

1924 Muere Lenin.

1925 Mueren Maura y Pablo Iglesias.

1926 Gramsci es encarcelado en Italia.

1928 Se pone en marcha el primer Plan Quinquenal en la URSS.

1929 Se funda, en Alemania, el Partido Nacionalsocialista. Se produce el llamado crack del 29, el hundimiento de la Bolsa de Valores de Nueva York.

1930 Dimisión de Primo de Rivera e inicio de la «Dictablanda» del general Berenguer en España. Sublevaciones en Cuatro Vientos y Jaca, y fusilamiento de los capitanes Galán y García Hernández. Pacto de San Sebastián entre los partidos republicanos.

1931 El 14 de abril se proclama la II República en España. Alfonso XIII sale al exilio sin abdicar. Se constituye el gobierno de Azaña y la Generalitat de Cataluña.

1932 Golpe de Estado fallido del general Sanjurjo. Se aprueba la ley de la Reforma Agraria y la ley del Divorcio. Se aprueba el Estatuto de Cataluña.

1933 La derecha gana las elecciones. Se constituye el gobierno de Lerroux. Es el inicio del bienio negro. En Alemania, Hitler es nombrado canciller del *Reich* y se produce el incendio del *Reichstag*.

1934 Revolución de los mineros de Asturias, durante el mes de octubre. Mao Tsetung inicia la «Gran marcha» en China. Se celebra en Montreux el congreso fascista mundial. En Francia se constituye el Frente Popular. La URSS entra a formar parte de la Sociedad de Naciones.

1935 Lerroux dimite y la CEDA forma gobierno. Inicio de la contrarreforma agraria. Franco es nombrado jefe del Estado Mayor. Italia invade Abisinia.

1936 Triunfo electoral del Frente Popular. Azaña es nombrado presidente de la República. El Golpe de Estado del 18 de julio da inicio a la Guerra Civil. Franco se proclama jefe del Estado y Generalísimo. Llegada, a España, de la Legión Cóndor y de las Brigadas Internacionales. En Francia, el Frente Popular gana las elecciones legislativas. En Inglaterra Eduardo VI se proclama nuevo rey. Se crea el eje Berlín-Roma.

1937 Bombardeo de Guernica. Unificación de Falange y Tradicionalistas. Importantantes batallas durante la Guerra Civil: la batalla del Jarama (625 de febrero), Guadalajara (818 de marzo), Brunete (528 de julio), Teruel (15 de diciembre).

1938 Tiene lugar la batalla del Ebro y la ofensiva de las tropas nacionales en el Mediterráneo. El 15 de abril los franquistas ocupan Vinaroz, dejando a la República dividida, territorialmente, en dos. Las Brigadas Internacionales abandonan España. Se constituye el primer gobierno nacional en Burgos. Alemania anexiona Austria.

1939 El 1 de abril se hace público el último parte de guerra del general Franco. La Guerra Civil ha terminado. El 22 de mayo se firma en Berlín el Pacto de Acero entre la Alemania nazi y la Italia fascista. El 1 de septiembre comienza la II Guerra Mundial.

1940 Franco se entrevista en Hedaya con Hitler. Alemania invade Holanda, Bélgica y Francia.

1941 Japón bombardea la base americana de Pearl Harbour. Estados Unidos interviene en la guerra. Alemania inicia su invasión a la URSS. El 22 de julio Radio España Independiente, «La Pirenaica», empieza a emitir desde Moscú.

1942 Se constituyen las Cortes en España. Franco decide no intervenir en la II Guerra Mundial. El 23 de agosto empieza la batalla de Stalingrado.

II

MIGUEL HERNÁNDEZ
DEL FASCISMO AL COMUNISMO

1. Miguel Hernández en su radical historicidad

Miguel Hernández, antes de ser Miguel Hernández, firmaba sus versos como Miguel Hernández Giner, sustituyendo su segundo apellido, Gilabert, por el de su abuela materna. La obra de su juventud poco tiene que ver con aquella que, acaso por justicia poética, ha perdurado en el tiempo y en nuestra memoria. Sus versos escritos en el frente de batalla, arengando a los soldados y reivindicando el valor del trabajo de los campesinos sobre el beneficio de los amos ociosos, como los escritos en las cárceles, o incluso los poemas de amor de su segunda etapa, iniciada con *El rayo que no cesa*, distan mucho de parecerse a su obra escrita entre 1930 y 1934. En este periodo, y quizá exceptuando *Perito en lunas* –en mi opinión, el único poemario verdaderamente gongorino de la mal llamada generación del 27–, su poesía transpira, en ocasiones, «demasiado olor a iglesia» y a «tufo sotánico-satánico» (*Apud* Guereña, 1978: 70 y 78), como le diría el poeta chileno Pablo Neruda refiriéndose a *Gallo Crisis*, la revista de orientación católica fundada en Orihuela por Ramón Sijé, y en la que Miguel Hernández colaboraba con la publicación de poemas. Quien terminaría siendo uno de los más insignes poetas comunistas y ferviente defensor de la República durante la Guerra Civil española, tomando ora la pluma, ora la espada –o mejor dicho: el fusil–, durante su juventud escribió y publicó versos de inspiración católica e, incluso, podríamos afirmar, de tendencia filofascista. ¿Por qué este cambio? ¿Podemos hablar de *evolución* o es más pertinente hacerlo de *ruptura*? Porque, ¿cómo es posible que quien muriera, como se verá, defendiendo sus ideales republicanos y aun comunistas, estuviera tan próximo al fascismo en sus inicios poéticos? Nos situamos, pues, en el núcleo de una problemática que, acaso para resolverla, resultará imprescindible estudiar a Miguel Hernández en su *radical historicidad*[1].

Hablar de Miguel Hernández en su *radical historicidad* significa inscribir al personaje dentro de su concreta coyuntura histórica y

[1] Término que tomo de Juan Carlos Rodríguez (1991).

asimismo analizarlo como una producción de unas condiciones históricas –sociales y económicas– específicas. De lo que se trata, por lo tanto, no es de interpretar el personaje como «sujeto creador» que no guarda relación alguna «ni con la realidad histórico-objetiva –esto es, con las estructuras sociales y los procesos históricos–, ni consiguientemente con los *efectos* de ambos en la constitución de las formas de la conciencia social», como se pretende desde la crítica literaria idealista (Perus, 1976: 26), sino, y muy al contrario, se trata de entender al personaje, a Miguel Hernández en este caso, como el resultado de unas relaciones materiales e históricas determinadas.

Pero, ¿cuáles son las relaciones sociales que, en última instancia, determinan a Miguel Hernández, entendido en tanto que producto de un tiempo histórico específico? Digámoslo, aun a riesgo de sintetizar demasiado, del siguiente modo: el triunfo de la burguesía en el siglo XIX supuso la puesta en funcionamiento de los mecanismos de producción y explotación capitalistas en la base de la sociedad. La superestructura, no obstante, seguía bajo la hegemonía de una nobleza anquilosada, en connivencia con la pequeña-burguesía, que veía, con el desarrollo de las relaciones sociales de la burguesía, peligrar la legitimidad de sus valores y su *status* de clase dominante. El triunfo de la burguesía, en las relaciones objetivas de base, supone el penúltimo intento de descomposición del antiguo régimen. El desajuste entre superestructura y base, o lo que es lo mismo: la contradicción ideológica entre unos valores en decadencia frente a los nuevos códigos que se imponen con la irrupción del capitalismo, provoca una profunda crisis tanto a nivel social como ideológico. Frente al peligro inminente que supone la consolidación de la sociedad burguesa, se produjeron las dos antinomias que marcarían la lucha contra el capitalismo durante gran parte del siglo XX. La crisis ideológica que provoca el capitalismo hace que su desarrollo pretenda ser atajado desde dos frentes distintos y aun opuestos. Se trata de dos antinomias que se constituyen tanto a nivel de lo residual de la sociedad como desde lo emergente, tanto desde la reacción como desde la revolución, tanto desde la superestructura como desde la base. Nos estamos refiriendo, claro está, al fascismo, por un lado,

y al comunismo, por otro. Miguel Hernández es un producto de esta crisis de valores producida en plena fase de consolidación del capitalismo y funciona como un elemento que actúa dentro de la fricción que cuestiona la legitimidad del capitalismo mismo.

En la dialéctica entre el capitalismo y sus antinomias, Miguel Hernández se posiciona desde un principio en el segundo término de la contradicción. Miguel Hernández siempre ha estado en el lugar de la antinomia, como así parece afirmarlo en una carta escrita a Federico García Lorca el 30 de mayo de 1933, donde se define del siguiente modo: «Soy, sin ser nada, comunista y fascista» (Hernández, 1986: 83). La afirmación, a pesar de su laconismo y de su aparente carácter contradictorio, es sin duda elocuente. El poeta trata de definirse, de darse una identidad política, con dos atributos ideológicos opuestos, pero es del todo transparente al afirmar que se encuentra al lado de la antinomia, en el lugar de la oposición al orden capitalista. Dice ser comunista y fascista, aunque posiblemente no sepa cómo definirse, no sepa qué es o quién es realmente. No es consciente de quién es, pero será su inconsciente –el suyo y el de su época– quien nos advierta, mediante la duda que presenta la proposición, que su ideología es resultado de la contradicción entre el capitalismo y sus antinomias. Y, tal vez, lo que de verdad es relevante en la afirmación de Miguel Hernández no es sino el matiz que se introduce entre el verbo y sus atributos, donde al tratar de definirse, de poner un adjetivo a su identidad, reconoce que lo que es –fascista y/o comunista– lo es «sin ser nada». Frente a la taxonomía ideológica, nos hallamos ante la no-identidad, en el vacío, en ser sin ser nada. Miguel Hernández, o su inconsciente ideológico, se encuentra ante un nuevo mundo que no sabe explicar, que no reconoce y, como efecto dialéctico, tampoco es capaz de encontrarse y de reconocerse en él. Sabe que está en la antinomia, pero no sabe concretamente en qué lugar de la misma; y ante el desconocimiento y la incertidumbre, lo que mejor le define es el vacío o la negatividad.

Pero, si es su posición de clase lo que le conduce a posicionarse del lado de la antinomia, hay que preguntarse seguidamente: ¿a qué clase social pertenecía Miguel Hernández? Se ha hablado

mucho de los orígenes sociales de Miguel Hernández. Sus biógrafos, y aun hagiógrafos, suelen resaltar que la familia Hernández-Gilabert «se encontraba en los últimos peldaños de la escala social, al lado o poco más arriba de los braceros, de los arrieros y de algún que otro artesano y obrero asalariado» (Puccini, 1987: 21). Sin embargo, conviene señalar que si bien la familia de Miguel Hernández era humilde y sencilla «en ningún momento raya en la necesidad ni en la pobreza, tal y como se ha podido creer según algunos testimonios» (Ferris, 2000: 17). Es por eso que no tiene sentido «atribuirle una infancia pobre y llena de privaciones. De humildad sí es legítimo hacer mención puesto que la austeridad era moneda de cambio en el ambiente en que se crió el muchacho» (Ferris, 2002: 29). El padre de Miguel Hernández, según Dario Puccini, «criaba cabras y ovejas y vivía del comercio de los corderos, de la leche, de los cueros y de la lana, un poco apartado de las organizaciones y ordenamiento de la vida oriolana, y sujeto a los altos y bajos de la demanda y de la oferta y quizá también a su menor o mayor disponibilidad de los campos de pastoreo» (Puccini, 1987: 21). Sin embargo, otras fuentes nos invitan a pensar que el padre del poeta, don Miguel Hernández Sánchez, no estaba tan apartado de las «organizaciones y ordenamiento de la vida oriolana», como sugiere el hispanista italiano. Bien al contrario, y siguiendo el testimonio de José María Arenas, quien fue alcalde de Orihuela, don Miguel estaría plenamente integrado en la vida oriolana, contando entre sus amistades a los banqueros don Antonio Martínez Pina, de la Banca Balaguer, y don Francisco Martínez Cremades, del Banco Español de Crédito en Orihuela. Parece ser que «don Miguel gozaba de un patrimonio económico nada desdeñable que no supo administrar ni compartir con su familia; al menos, sus cuentas corrientes no correspondían a las de un sencillo pastor o tratante de ganado, profesión escasamente reconocida que ocupaba un lugar entre los oficios más bajos, y ello explica que se codeara con importantes gestores de la economía comarcal» (Ferris, 2002: 97). Un síntoma de la bonanza económica de los Hernández-Gilabert lo representa el cambio de domicilio de la familia cuando el pequeño Miguel apenas contaba con tres años de edad. Corría el año 1913 cuando deciden trasla-

darse a vivir a la calle de Arriba, 73, ubicada a pie de montaña. Mientras dura la bonanza económica, Miguel Hernández acude a la escuela hasta los seis años en el centro privado de educación preescolar, Nuestra Señora de Montserrate. No será hasta que el negocio familiar entre en crisis, como consecuencia de la muerte del hermano y socio de don Miguel, cuando nuestro poeta tendrá que abandonar las aulas para regresar dos años después, esta vez sí, al colegio de Ave María, adonde acudían los niños pobres del barrio. La posición social de Miguel Hernández poco o nada tenía que ver, por lo tanto, con el modelo de pobreza que se ha forjado alrededor de la figura del poeta y su familia.

Su posición de clase correspondía, más bien, a una clase intermedia que se aprovecha y extrae beneficio de la circulación del capital. No produce riqueza de la extracción de plusvalía –apenas tiene su padre empleado a un trabajador– sino de la compra y venta de sus mercancías. La clase social a la que pertenece Miguel Hernández, temerosa ante los grandes cambios que cuestionan una estabilidad social que les permite vivir sosegadamente, se siente de forma espontánea atraída por los ideales y valores conservadores, y aun reaccionarios, que se erigen como los únicos capaces de hacer frente a los cambios que la sociedad anuncia. Se identifican con los defensores del orden, con la intención de mantener inalterado un estado social que, aunque mediano, resulta bastante digno en contraste con la situación en la que se encuentran campesinos, trabajadores manufactureros e industriales. Las transformaciones sociales que propugna la modernización y el progreso de la sociedad capitalista, así como los cambios que persigue la revolución socialista, hacen que los miembros de su clase se sientan atraídos, de forma más o menos «espontánea», por el fascismo, como el aparato político más eficaz para mantener intacto su *status*.

Miguel Hernández estuvo, pues, siempre del lado de la antinomia. En un primer momento, por su origen de clase, optó por posicionarse en la reacción y concibió la necesidad de regresar a un estadio histórico previo a la *crisis* ideológica que provoca el desarrollo de las fuerzas capitalistas en España. Su producción literaria comprendida entre 1930 a 1934 es una prueba palmaria de ello. Durante

este período, Miguel Hernández funciona como transmisor de los elementos residuales de un mundo en descomposición. Pero, más adelante, una vez sale de la asfixiante Orihuela y conoce la modernidad capitalina, conoce a importantes intelectuales de izquierda como Pablo Neruda o Rafael Alberti, trabaja para las Misiones Pedagógicas o entabla contacto con la Escuela de Vallecas, Miguel Hernández toma conciencia de que, desde la antinomia, la única forma de superar el capitalismo no es reivindicando un ideal atemporal que nunca ha conocido y acaso nunca existió, sino luchando por un horizonte político que ponga fin a un sistema económico basado en la explotación y la desigualdad.

2. El fascismo de Miguel Hernández

El primer poema en el que se pone de manifiesto el catolicismo de Miguel Hernández tal vez sea «Al trabajo», escrito en marzo de 1930 a petición del vicario Luis Almarcha, para la celebración de la Fiesta del Trabajo, en el Círculo Obrero Católico de Orihuela. Este poema demuestra, en palabras de Manuel Parra, que Miguel Hernández «conocía y compartía las ideas que, sobre el trabajo, difundía y propugnaba la Iglesia Católica a través de su pontífice en la encíclica Rerum Novarum» de 1891 (Parra, 2010: 53). Con esta encíclica, la Iglesia pretendía atraer, por medio de la formación de sindicatos católicos, brindándoles apoyo y protección social, a una clase obrera cada vez más descristianizada y más partidaria de asumir las ideas revolucionarias de la época. Se trataba de conferirle al trabajo un valor positivo, casi místico, que desplazara la concepción socialista del mismo, entendido como extracción de plusvalía y explotación. El poema de Miguel Hernández es una alabanza al trabajo y cumple la función de transmitirle a la masa obrera la noción del trabajo que propugna el catolicismo. Para tales efectos, el poeta se opone, en primer lugar, a una concepción del trabajo que es negativa e incluso perjudicial para el mantenimiento del orden del mundo. Porque, como dicen los versos, el trabajo puede ser una «cruz forzosa» y «pesada», pero lo será –recalca– solo para los «inútiles, vagabundos y holgazanes» y para aquellos que viven en «míseros camastros o en rincón negro y sin luz» (Texto 1, estrofa 1). Frente a esta

concepción negativa del trabajo, como tarea forzosa, el poema apunta el modo en que tienen concebirlo los *buenos* trabajadores: para ellos el trabajo no será sino una «bendita cruz» o la fuente pura donde calmar su sed (Texto 1, estrofa 2). Como se observa, si leamos directamente sus versos, el trabajo no es forzoso ni pesado; al contrario, es una bendición de la que no hay que liberarse, según reza la concepción católica del mismo, que transmite el poema de Miguel Hernández.

Tras distinguir entre quienes conciben el trabajo como «cruz pesada» y quienes lo hacen como «bendita cruz», el poeta interpela al auditorio para trasmitirles los valores que el catolicismo imprime sobre la actividad productiva. Fijémonos en el modo en que invoca al público, refiriéndose a ellos como hijos de Dios (Texto 1, estrofa 3). Los destinatarios del poema son aquellos trabajadores que, a pesar del «titánico trajín», exhiben un «espíritu templado», esto es, quienes en un tiempo de convulsiones sociales –en un momento en el que el movimiento obrero hace tambalear los pilares de la sociedad de clases establecida– no se dejan llevar por las emociones exaltadas y mantienen su templanza sin participar en organizaciones políticas o sindicales de proyecto revolucionario.

A continuación, el poeta pasa a celebrar las bondades de los trabajadores, cubriendo su tarea con un aura de misticismo, al ser capaces de emprender «magnas obras», de ser impasibles al peligro, de forjar mágicos objetos y de señalar, con su labor, el camino hacia el ideal al pueblo inculto (Texto 1, estrofas 4 y 5). Claro que este misticismo ya lo había descrito Marx en el capítulo sobre el fetichismo de la mercancía del primer libro de *El capital*. No obstante, Marx a eso lo llamaba alienación; aquí bien parece un milagro o una obra divina.

Finalmente, el poema concluye con una nueva invocación al público. Les pide que escuchen la lira que recita para aprehender los valores que sobre el trabajo en ella se vierten. El trabajo no solo se concibe como «procreador del universo», sino que además entierra los «vicios» y hace surgir «ideas puras» y es de «donde nace lo inmortal». En definitiva, y como clama el último verso, «el trabajo es una escala para ver más cerca a Dios» (Texto 1, estrofas 7 y 8).

El poema construye una imagen privilegiada del trabajo y del trabajador. Porque, ¿qué es el mucho o poco salario que recibe un trabajador comparado con la recompensa divina que supone situarse al lado de Dios? La concepción católica del trabajo, que Miguel Hernández trasmite en este poema, contribuye, como se observa, a forjar dos imágenes claras de cómo debe concebirse el trabajo desde la óptica del catolicismo: como una actividad de gran belleza, al constituirse como una tarea próxima al milagro, capaz de convertir en objeto el hierro y el metal, que sublima, dignifica y enaltece al trabajador; pero del mismo modo se observa que, bajo esta concepción, subyace una noción de trabajo como instrumento de la clase dominante para mantener el orden social, ya que mientras el obrero se dedica a tan dignas y sublimes tareas, se aleja de los males que corrompen su espíritu, sean estos los vicios que menciona el poema, o bien sea la política y la revolución social. Porque de lo que se trata, en este intento de la Iglesia por atraer a la clase trabajadora, es de ahuyentar los fantasmas de la revolución. La religión se erige como defensora del orden social establecido y su función social de proteger a los trabajadores no esconde sino una medida reaccionaria para sacar de sus cabezas las ideas revolucionarias y de transformación política y social que empezaban a germinar.

La lira «Al trabajo» propone, por lo tanto, una superación de la lucha de clases al definir el trabajo como lugar apacible, como medio para lograr la armonía, la paz social y el mantenimiento del orden, y no como el espacio donde confluyen los conflictos, las tensiones entre los que poseen los medios de producción y los que los, desposeídos de ellos, observan cómo se les expropia el producto de su trabajo. La clase dominante está articulado su ofensiva –y su miedo– ante los fantasmas que empezaban a recorrer España.

Aunque, a juzgar por el poema titulado «La bendita tierra», dedicado a la Huerta de Orihuela, que Miguel Hernández publica en *El Día* de Alicante el 15 de octubre de 1930, bien parece que los fantasmas de la revolución todavía no se habían aparecido en las tierras levantinas. El poema (Texto 2) reproduce de forma muy plástica la simbología anti-comunista al sostener que el suyo

es todavía un mundo de verdores, con flores y luz, porque no «clavó su garra octubre». En 1930, antes de la proclamación de la República, la garra de octubre –los versos no necesitan glosa, pues la asociación octubre/comunismo resulta más que evidente, si recordamos lo que sucedió durante ese mes en 1917– era una amenaza tan externa como lejana para la reacción española. En 1934, sin embargo, la revolución constituye no solo un peligro, sino que adquiere forma real. De este modo, lo expresa Miguel Hernández en su poema «Profecía–sobre un campesino», publicado en el primer número de la revista *Gallo Crisis*, correspondiente al mes de junio de 1934. El poema se publica bajo un doble epígrafe en el que se apunta «orden público» y «reforma agraria», situando temáticamente el poema en la actualidad política de la época, y bajo un símbolo formando por un racimo de uvas y dos ramas de trigo, entrecruzadas, a la manera del yugo y las flechas del falangismo (véase la ilustración de la portada). Empieza, como el anteriormente comentado «Al trabajo», con una invocación al oyente, en este caso el campesino. El poeta asegura que el campesino ha dejado de ser quién era; campesino y poeta ya no están emparentados en tanto que hijos de Dios, pues el campesino se ha desviado de los senderos trazados por el Señor, traicionando su pureza –su manera sosegada: su lugar orgánico natural en el mundo– al dejarse manejar por los arcos acerados, esto es, por la propaganda de la hoz (metonimia para referirse al comunismo a través de uno de sus símbolos iconográficos más extendidos) (Texto 3, estrofa 1).

Más adelante, tras advertir que la hoz le ha convertido en un cornalón, o de acusarle de haber sacado a Dios de los Trigales (Texto 3, estrofa 2), se señala al campesino como responsable de la expropiación de la sonrisa y la emancipación de la corriente del río (Texto 3, estrofa 3). La selección léxica no es en absoluto inocente en este poema. La carga semántica de los sustantivos «expropiación» y «emancipación» promueve de inmediato la asociación de los versos con la revolución y la reforma agraria. Pero lo expropiado en los versos y lo que se emancipa en la estrofa no es sino el orden sosegado y natural que el campesino iracundo ha pervertido, a través de la simbología del río y la

sonrisa. Los daños y las consecuencias serán, en efecto, desastrosos. Como se observa en el poema, la mano nocturna y descuidada del campesino, más preocupado en hacer la revolución que en la labor que le otorga el cielo –esto es, sublimar su ser por medio del ejercicio del trabajo, que decía en el poema anterior–, ha provocado que donde antes había tierra florecida ahora no haya más que tierra de secano. El campesino ha descuidado *su* lugar, dejándolo amarillo, al no regar la tierra y al no plantar semillas (Texto 3, estrofa 4). Todo es desolación, se apunta más adelante, porque la revolución –en tanto que negación del trabajo– todo lo atiza y altera (Texto 3, estrofa 5). La cosecha se convierte en ceniza y las viñas están en ruinas, (Texto 3, estrofas 6 y 7), debido a que el campesino –«Caín de los caínes», se le denomina– ha optado por la destrucción de su hábitat, por buscar su bienestar no en el trabajo (como se recomendaba en el primer poema) sino en la lucha revolucionaria. Y, en consecuencia, los verdes lugares de los que hablaba en «La bendita tierra» han sido destruidos por la «azada temerosa», sirviéndose de nuevo de la simbología de la hoz (Texto 3, estrofa 8).

La tierra florecida se vuelve seca y amarillenta; el prado, desolación; el orden, caos. Porque –y vuelve aquí una imagen clara de la revolución que el poema insta a combatir– el puño desatiende el trabajo porque, se infiere, ahora se alza al viento para clamar consignas revolucionarias. Ante esta situación, el campesino necesita renacer y volver al trabajo para encontrarse con su identidad pura y enderezar su camino (Texto 3, estrofa 9). Y, sobre todo, tiene que amar el trabajo, reforzando la imagen católica del mismo, apuntada en el poema anterior (Texto 3, estrofas 10 y 11). Porque solamente de este modo, solamente amando el trabajo y obedeciendo el campesino a su lugar orgánico natural, podrá fundirse con el bienestar que erróneamente persigue por medio de la revolución y la huelga, pues el bienestar solo se logra, parecen decirnos estos versos, a través de su alianza con el cielo, entendido como una recompensa de Dios. La esperanza, dicen los versos finales, no vendrá como consecuencia de su lucha violenta, de su destrucción de su mundo con la azada, vendrá del cielo y no de la guerra. Y, entonces, la tierra volverá a ser tierra (texto 3, estrofas 12 y 13).

También en *Gallo crisis* publica Miguel Hernández, concretamente en el número 2, correspondiente al mes de agosto de 1934, el poema titulado «A María Santísima», cuyo título evoca de forma clara el contenido del mismo. Se trata de un poema dividido en tres partes –cada una la constituye un soneto– donde el poeta se ocupa, en cada una de ellas, de los misterios que rodean a la virgen: el de la Encarnación, el de la Asunción y el de su Toda su Hermosura (Texto 4).

Pero el catolicismo del primer Miguel Hernández encuentra su más alta expresión en su auto sacramental *Quien te ha visto y quien te ve y sombra de lo que eras*, publicado en *Cruz y Raya*, revista del católico José Bergamín, en los números 16, 17 y 18, correspondientes a los meses de julio, agosto y septiembre de 1934. El auto presenta una alegoría protagonizada por los cinco sentidos y los siete pecados capitales que, armados de hachas, hoces y martillos, alteran el orden natural. Al final, no obstante, todo termina bien y se alcanza la paz social por medio de la Eucaristía. Se trata, como señala Eutimio Martín, de una «dramatización de la doctrina católica al servicio de la contrarrevolución» (Martín, 2010: 238). La obra funciona, en efecto, como una emulación de la lógica contrarreformista de los autores del Siglo de Oro, aplicando ahora el mismo esquema poético al servicio de la contrarrevolución, como así lo expone José Luis Ferris:

> Miguel tiene el firme propósito de escribir una composición dramática de carácter alegórico que, ciñéndose a la definición tradicional del *auto*, ha de insistir en la exaltación Eucarística y en el fenómeno de la Comunión con Dios. El espíritu que le guía es el mismo que en el siglo XVII impulsó a Calderón a emprender con su teatro una labor contrarreformista frente a la amenaza protestante, erigiéndose en portavoz de unas doctrinas que deberían aleccionar a un público generalmente inculto [...]. La contrarreforma, sin embargo, que podía emprender Hernández en 1933, dado el contexto político y social que le tocó vivir, no podía ser otra cosa que una reacción contra los efectos reformistas del régimen republicano, los nuevos planes agrarios, las reivindicaciones obreras instigadas por los rufianes de los nuevos tiempos, anarquistas y comunistas, que incitan a la quema de templos y a la huelga general (Ferris, 2002: 162-163).

Quien te ha visto y quien te ve está protagonizado por un personaje llamado Hombre-niño. La alegoría comienza con un diálogo sobre la existencia de las cosas que no se ven, pero que se sienten, como el aire o Dios (Texto 5, fragmento 1). Este diálogo inicial nos sitúa, de inmediato, en una concepción *neo-organicista*[2] del mundo, donde la existencia de un elemento no viene determinada por los sentidos –en este caso la vista– sino por la creencia o la fe. En la siguiente escena, acaso para reafirmar el horizonte *neo-organicista* que plantea la obra, se muestra un diálogo entre la Esposa y el Esposo sobre la noción de *cuerpo*: el cuerpo se concibe, según la dialéctica semejanza/desemejanza que rige la concepción organicista del mundo, como aquello que hace a los hombres seres distintos a Dios; mientras que Dios representa la perfección, lo inamovible y lo eterno, los hombres –creados a su imagen y semejanza– se distinguen de su creador por medio de un cuerpo imperfecto, corrupto, perecedero. El cuerpo marca la diferencia entre el hombre y Dios. De este modo se habla en los versos, en boca de los padres del Hombre-niño, «del cuerpo que le estorba», «mi carne llena de malicias» o «todo para que no sintiera el cuerpo / la carne que da pena» (Texto 5, fragmento 2). La separación entre el hombre y Dios, que se concreta en un individuo dividido en cuerpo y alma, es consecuencia de la división que existe entre la tierra y el cielo. Según la filosofía escolástico-aristotélica, el universo está dividido en dos partes: el mundo supralunar de las estrellas fijas, donde se halla el Primer Motor Inmóvil o el Dios cristiano (de cualquier modo, la perfección), y el imperfecto mundo sublunar de las estrellas en movimiento. Es decir, se basa en la confrontación entre la perfección y la imperfección, entre el orden y el movimiento (o el caos). El mundo material –la tierra y los hombres– es, esencialmente, corrupto e imperfecto. Esta concepción epistemológica del universo, propia del organicismo feudal, es la que segrega la ideología del Hombre-niño y del auto sacramental. El hombre siempre va a ser desemejante a Dios y esta desemejanza, que le impide al Hombre-niño ser puro, es la

[2] Para un desarrollo del concepto «organicismo», *vid.* Juan Carlos Rodríguez (1991).

que le lleva a cuestionarse por qué ha nacido, ya que el nacimiento lleva implícito el pecado original (Texto 5, fragmento 3).

El cuerpo cobra protagonismo en el auto, o mejor dicho, asume su papel de antagonista. El cuerpo representa, según la ideología del texto, una amenaza para el Hombre-niño, cuya inocencia puede ser manchada o corrompida por el cuerpo si no logra controlarlo, dominar sus pulsiones. Se señala, de este modo, a los Cinco Sentidos como potenciales traidores y enemigos del Hombre-niño, pues solamente a través de los sentidos podrá desviarse de los senderos marcados por Dios y llegar a conocer el Deseo (Texto 5, fragmento 2). La presencia del cuerpo –corrupto, imperfecto– aleja al hombre de la perfección, del bien, de la pureza, de Dios. El cuerpo, en efecto, hace al hombre desemejante a su creador. Por ello, quien quiera estar cerca de Dios, parecerse a su creador, tiene que emprender una batalla cruenta contra el cuerpo, resistir a sus tentaciones. Esta batalla entre el cuerpo y alma, entre el deseo y el orden, es la que pone sobre las tablas *Quien te ha visto y quien te ve* a través de la figura alegórica del Hombre-niño (Texto 5, fragmento 4).

Pero lo verdaderamente interesante de la batalla que libra el Niño-hombre con el cuerpo y sus atributos (el Deseo y los Cinco Sentidos) es el modo en que este conflicto moral se correlaciona con la problemática social de su época. Lo que el auto sacramental señala es lo siguiente: la sociedad, como el cuerpo, es materia; luego, es corrupción. Así como los hombres tienen que dominar las tentaciones de la carne para no corromperse y alejarse de Dios, la sociedad tiene que dominar sus elementos potencialmente corruptores para no desmantelar el orden social establecido. Como veíamos arriba, para la cosmovisión organicista la quietud, el reposo, el orden es símbolo de la perfección, mientras que el movimiento representa el caos; una sociedad perfecta, según la lógica organicista, tiene que impedir que haya movimiento –permeabilidad de clases– si pretende parecerse a la ciudad de Dios. En el organicismo feudal, cada individuo de la sociedad ocupa una posición de clase –su lugar orgánico natural– desde su nacimiento hasta su muerte, porque Dios así lo ha asignado –es lo que se conoce como teoría *descendente* (Rodríguez Puértolas *et al.*, 2000, I: 53-54)– y pre-

tender lo contrario no podía sino considerarse un atentado contra la ley de Dios.

La clase obrera y campesina son, en lo social, lo que los cinco sentidos son para el hombre: potenciales enemigos. Los cinco sentidos son siervos muy necesarios, pues permiten al hombre ver, oír, tocar, saborear, oler, pero, si no logra controlarlos, pueden conducir al hombre a morder la manzana prohibida, a desear una experiencia censurable; los trabajadores también son muy necesarios, pero hay que dominar sus impulsos para que no se despierte en ellos el deseo de la revolución social. Así como el hombre tiene que dominar las tentaciones de la carne, el terrateniente tiene que tener controlados a aquellos miembros de la sociedad que puedan ceder a las tentaciones del Deseo y se rebelen, trastocando el orden social.

Obsérvese, para comprobar la función ideológica del texto, su simbología: los Cinco Sentidos se levantan contra su amo, el Hombre-niño, para pedirle un jornal. Quieren un aumento de suelo y amenazan con alzarse en armas si no responde a sus exigencias. Las armas que portan son, entre otras, hoces y martillos; y la consigna que repiten es «¡Abajo el capital!». Bien parece que el socialismo, o la revolución socialista, es para el autor de este auto sacramental un correlato, en el plano social, de la degradación moral de los individuos que, débiles, son incapaces de controlar las tentaciones del deseo y, en consecuencia, se desvían del camino marcado por Dios. El texto se construye sobre una asociación entre pecado y revolución (Texto 5, fragmento 4).

En contraposición a los Cinco Sentidos y al Deseo, aparecen otros personajes alegóricos como la Virgen, la Inocencia o el Amor. El Amor advierte al Hombre-niño del peligro que representan los Cinco Sentidos y le da instrucciones para que, en su papel de amo, se defienda de ellos, llegue a dominarlos y, llegado el caso, reprima sus actos con «mano dura» (Texto 5, fragmento 5). El Hombre-niño tiene que aprender a dominar su deseo como la clase dominante tiene que mantener a raya a sus trabajadores y hacer caso omiso a sus peticiones de aumento de salario. Solamente así, actuando conforme al lugar orgánico natural que Dios le ha asignado a cada uno, será posible mantener intacta la paz

social. Por el contrario, reinará el caos. El Hombre-niño no puede, como tampoco puede un patrón, dejarse dominar por sus trabajadores. Y, como se apunta una vez la trama del auto avanza, no se puede permitir que las clases subalternas tomen el poder, inviertan la pirámide social y terminen mandando sobre su amo, convirtiéndolo en siervo, como así le sucede al Hombre-niño en la Escena X del auto (Texto 5, fragmento 6).

En la segunda parte de *Quien te ha visto y quien te ve* el Hombre-niño, ya Hombre, se ha convertido en un campesino que, harto de trabajar en la recolección de las cosechas, mira fatigado y con cierta envidia la vida del Pastor que vive, plácidamente, en lo alto de la montaña, sin más ocupación que pasear el rebaño. En un primer momento, los pensamientos del Hombre son puros y envidia sanamente al Pastor porque este tiene altura, luz y amor. Pero el Deseo logra pervertir sus limpios anhelos, cuando aparece ante el Hombre y le insta a que, si tanto le gusta la vida del Pastor, le arrebate aquello que anhela. Cuando el Hombre se pregunta si tiene derecho a hacer lo que el Deseo le encomienda, este le responde que, más allá de una cuestión de derecho, haga uso de aquello que tiene: fuerza y valor, es todo lo que necesita. Y, ¿cómo hacerlo?, ¿cuál será el instrumento con el que emprenderá su acción? Aparece en el texto, nuevamente, la hoz (Texto 5, fragmento 7).

Pero la terminología se hace más transparente cuando, en la Escena VII de esta segunda parte, la Carne, el Deseo y los Cinco Sentidos rodean al Hombre para tratar de convencerle, mediante consignas socialistas y revolucionarias, de que lleve a cabo la expropiación. Hablan de distribución de la riqueza frente a la acumulación de la misma por unos pocos, y proclaman la igualdad de todos los hombres; asimismo le trasladan sus consignas, «¡Abajo explotadores!», y hacen un llamado a la huelga general y a la quema de iglesias (Texto 5, fragmento 8). La escena concluye, como no podía ser de otra forma, hundiéndole el Hombre al Pastor una hoz en el pecho y este, al caer muerto, haciendo la señal de la cruz, mientras un resplandor rojo –color acaso del infierno, acaso del comunismo– lo inunda todo aciagamente (Texto 5, fragmento 9).

En la tercera parte, el Hombre se encuentra en estado de arrepentimiento. Irrumpe en escena la Voz-de-Verdad, un nuevo personaje alegórico con el que dialoga el Hombre. La Voz-de-Verdad anuncia que Dios, «el que dicta soberano / leyes espirituales», va a venir a limpiar sus manchas de pecado (Texto 5, fragmento 10). Pero los Cinco Sentidos, la Carne y el Deseo no van a consentir que, en la sociedad igualitaria que han instaurado, nadie dicte leyes sobre los demás. Ahora reina el caos, la anarquía. Para impedir la llegada del ser soberano, se libra una nueva batalla de la que no solo sale derrotada la Voz-de-Verdad, sino que además es decapitada por la Carne, que introduce su cabeza en una olla sopera (Texto 5, fragmento 11). Este acto bárbaro repugna incluso a los Cinco Sentidos que, ante la atrocidad cometida, deciden cambiar de bando, y su naturaleza sensual se hace espiritual y eterna, a pesar de que el Deseo, que mantiene firme su discurso, les recuerda sus acciones del pasado, su triunfo sobre la monarquía y la proclamación de la República (Texto 5, fragmento 12). Tras el cambio de naturaleza de los Cinco Sentidos, el Deseo advierte que irá a la URSS a dar cuenta de lo ocurrido y amenaza con declarar la guerra y establecer una sociedad sin clases, discutiendo la propiedad privada a la clases dirigentes y despertando odios entre los hombres para llevar a cabo una revolución social donde «hoz y martillo serán vuestra muerte y nuestro lema». (Texto 5, fragmento 13). Pero la revolución no triunfa: lo impide la llegada del Buen Labrador, un personaje que enseña al Hombre, como instruían los versos de los poemas de Miguel Hernández anteriormente comentados, a trabajar con amor y sosiego. El auto concluye con un final feliz contrarrevolucionario.

A tenor de lo escrito por Miguel Hernández entre 1930 y 1934, bien podría merecer el poeta oriolano aparecer en las páginas de la *Historia de literatura fascista española* del profesor Julio Rodríguez Puértolas (2008), pues como dijo Pablo Neruda en 1940, «así como Miguel Hernández es el más grande de los nuevos constructores de la poesía política, es el más grande poeta nuevo del catolicismo español» (Neruda, 1981: 78). Son, del mismo modo, bien significativas las palabras que José Bergamín escribió en 1969 sobre el auto sacramental de Miguel Hernández:

> Cuando me presentó en 1934 el auto sacramental tuve que hacer yo el *censurable censor* y hacerle quitar algunas tiradas por fascistas. Fue poco lo que tuvimos que suprimir, algunas tiradas, algunos versos. Miguel lo aceptó sin dificultades (Chevalier, 1973: XXVII).

En este sentido, no es casualidad que cuando Miguel Hernández sale de España cruzando la frontera con Portugal, al terminar la Guerra Civil, entre su escaso equipaje se encuentre este auto sacramental que, como fiable salvoconducto, bien podría servirle en el caso de ser detenido –como finalmente lo terminó siendo– por las fuerzas represivas franquistas. Tampoco extraña, pues, que en el informe que redacta Juan Bellod Salmerón, Secretario de la Jefatura Provincial de la Milicia de F.E.T. y de las J.O.N.S. de Valencia, para solicitar la liberación de Miguel Hernández, cuando el poeta se encuentra preso en la cárcel madrileña de la calle Torrijos, se cite, como garante de la moral del poeta, el auto sacramental:

> Que garantizo plenamente su conducta y actuación así como su fervor patriótico y religioso que se revela, por lo demás, en la lectura de su producción literaria, singularmente en la de su magnífico Auto Sacramental *Quién te ha visto y te ve y sombra de lo que era*, publicado por la revista «Cruz y Raya», hasta el 18 de julio de 1936 (*Apud* Becerra Mayor y Antón Fernández, 2010: 135-136).

Esto demuestra cómo la producción literaria del primer Miguel Hernández comulgaba ideológicamente con el fascismo que se impuso en España durante la Guerra Civil española, en la que nuestro poeta también salió derrotado.

Otro apunte, ahora no literario sino biográfico, nos permite observar el modo en que Miguel Hernández, durante los primeros años de la década de los treinta, se relacionaba con el fascismo español. En el acto organizado en Orihuela, en homenaje a Gabriel Miró, celebrado el 2 de octubre de 1932, el falangista Ernesto Giménez Caballero fue invitado –después de que otros escritores rechazaran la invitación– a hacerse cargo del discurso inaugural. Vestido con camisa azul, y recién llegado de su viaje por la Italia de Mussolini, *Gecé* aprovechó el pretexto del homenaje para hacer apología del fascismo. Giménez Caballero en su libro *Memorias de un dictador* narra el episodio en el que se encuentra con

Miguel Hernández y Ramón Sijé y cuenta que «iniciamos un saludo de mano abierta ante el busto inaugural de Gabriel Miró con jerseys azules» (Giménez Caballero, 1979: 62). Concha Zardoya, por su lado, en su biografía sobre el poeta oriolano, saca a colación una carta escrita por Giménez Caballero, el 19 de marzo de 1954, donde declara que Miguel Hernández y Ramón Sijé «fueron los primeros falangistas» y que los dos le «saludaron con la mano abierta» en el acto de homenaje a Miró (Zardoya, 1955: 15-16). Es lícito, sin embargo, dudar de la fuente pues es por todos sabido que Giménez Caballero tuvo siempre la costumbre de querer adscribir al ideario fascista a todo tipo de intelectuales que poco o nada tenían que ver con el fascismo. La duda es igualmente pertinente si tenemos en cuenta que en ese mismo escenario se encontraban los republicanos Antonio Oliver –que terminó detenido por enfrentarse dialécticamente con el falangista– y su mujer Carmen Conde, quienes en ningún momento han verificado la versión que expone en sus memorias Giménez Caballero. Es más, cabe especular que si Miguel Hernández hubiera actuado como el falangista describe, la relación que el poeta mantenía con el matrimonio Oliver/Conde podría haberse roto de inmediato. Y sin embargo la suya fue una relación fructífera e incluso, después de este acto, invitaron, en distintas ocasiones, a Miguel Hernández a recitales y distintos actos poéticos. Aunque, a la luz de los versos publicados en esta época, tampoco sería desorbitado que Miguel Hernández saludara a la romana con camisa azul.

Pero, al margen de lo ocurrido en el homenaje, tampoco se deben desestimar para el análisis de la ideología de Miguel Hernández Giner los lugares donde publica sus primeros versos. Escribe sus primeros versos en *El Pueblo de Orihuela* y en *Actualidad,* periódicos vinculados con el sector más conservador de Orihuela, y asimismo su primer poemario, *Perito en lunas*, que se imprime en las prensas del diario murciano *La Verdad*, a punto estuvo de no ser publicado debido a que el periódico fue clausurado por su implicación y su apoyo al golpe de Estado fallido del general Sanjurjo.

Así escribía y así se relacionaba el primer Miguel Hernández.

3. El comunismo de Miguel Hernández

Pero si Miguel Hernández ha merecido pasar a la posteridad literaria no ha sido por su producción literaria filofascista y aun anacrónica de su primera etapa. Bien al contrario, el Miguel Hernández que la Historia de la literatura reivindica no es otro que el que llegara a constituirse como poeta del pueblo. Y no por aquello de que los que «ganaron la guerra (...) perdieron las páginas de los manuales de la literatura» (Trapiello, 1984). Nada de eso, sino todo lo contrario: el primer Miguel Hernández no aportó prácticamente nada a la Historia de la literatura, pues no hizo más que aplicar los esquemas estéticos e ideológicos de la literatura de la reacción organicista de los Siglos de Oro a su realidad histórica presente. Por el contrario, el Miguel Hernández-poeta del pueblo, el que escribe desde y para las trincheras, inventó una nueva forma de literatura, un género literario nuevo que nacía de la unión de la tradición oral y popular de la literatura española con la propaganda; una literatura directa que buscaba interpelar a los soldados para que no se rindieran y se mantuvieran firmes en la lucha. Miguel Hernández inventa la figura del poeta que, como tribuno o intelectual orgánico, se dirige al pueblo y clama. Miguel Hernández es el primer poeta que emprende una gira por España, por los frentes, y llena plazas de toros y estadios, para agitar al pueblo en armas. Miguel Hernández inventa, en definitiva, una nueva forma de *hacer* poesía.

Pero, ¿a partir de qué momento se produce el giro ideológico de Miguel Hernández? El poema que marca este punto de inflexión posiblemente sea «Sonreídme», escrito a finales de 1935, que supone, en palabras de los autores de la *Historia social de la literatura española*, «la ruptura con el pasado tradicional y religioso y su toma de conciencia social» (Rodríguez Puértolas *et al.*, 2000, II: 336-337). El poema, en efecto, representa la reconciliación del poeta con la clase trabajadora, a quien ahora presenta en los andamios y en los hornos trabajando, con una corona de sudor en la frente, pero también con la garra suficiente para enfrentarse a aquellos que les explotan y les desprecian (que les escupen, dice el poema). Miguel Hernández se identifica con la clase obrera, a la que

le pide, como anuncia el título del poema, que le sonrían (Texto 6, primera estrofa).

Esta reconciliación se lleva a cabo una vez el poeta ha logrado desembarazarse de su primer catolicismo. Como se podrá observar en el texto, el poeta hace una referencia explícita a su proceso de liberación de la religión –de los templos y de los sagrarios– en la que se consumía tristemente antes de que se produjera esta *ruptura* epistemológica: ahora ha saltado al monte, dice, ha regresado al lugar del que procede (Texto 6, segunda estrofa). La toma de conciencia social de Miguel Hernández, que se establece por medio de la ruptura con el pasado tradicional y religioso, empuja en efecto al poeta a la experiencia colectiva, a fundirse con otros hombres con los que comparte la condición de «castigado». Miguel Hernández es consciente, como así se nos muestra en el poema, de que la solución pasa por la lucha colectiva (Texto 6, tercera estrofa). La simbología de su poesía anterior –la hoz, el martillo, el hacha y los puños– reaparece en estos versos, pero ahora la connotación negativa, su potencial corruptor hacia los trabajadores y campesinos, se reemplaza por un significado de lucha necesaria, de revolución como la acción capaz de modificar el curso de la Historia (Texto 6, cuarta y quinta estrofa). En otros de sus escritos, como en su obra teatral *El labrador de más aire*, la simbología comunista también adquiere esta nueva concepción positiva (Texto 7).

Pero si, más allá de sus escritos, de lo que se trata es de señalar una fecha en la que localizar la ruptura epistemológica de Miguel Hernández, no es descabellado afirmar que nuestro poeta se hizo comunista el 6 de enero de 1936. Miguel Hernández, que en esa época trabajaba en la recopilación de apuntes taurinos para la enciclopedia *Los toros* de José María Cossío, iba a sufrir un altercado con la Guardia Civil en San Fernando del Jarama, que marcaría un antes y un después en su sensibilidad política. Lo ocurrido esa tarde lo cuenta el propio Miguel Hernández en una carta escrita a su novia –después esposa– Josefina Manresa:

> Siento mucho que se haya sabido en Orihuela lo que me ocurrió con la Guardia Civil. Verás: el día de Reyes íbamos a ir a San Fernando del Jarama, que es un pueblo próximo a Madrid, varios amigos. Nos

> citamos en la estación y luego resultó que a los otros se les hizo tarde y me fui yo solo a San Fernando. Yo, como siempre, me había dejado la cédula en mi casa y estaba, por las afueras del pueblo donde hay una guardería de toros, viéndolos; de pronto se presenta la Guardia Civil ante mí, me dicen que qué hago por allí, contesto sonriendo que nada y que estoy por gusto: mi sonrisa debió irritarlos mucho, me pidieron la cédula personal, les dije que no la llevaba y me dijeron que me llevaban detenido al cuartel de muy malos modos. Yo, indignado, les dije que aquellos no eran modos de tratar a una persona. Bueno; por esto nada más que pasó, en el cuartel me dieron no sé cuántas bofetadas, me quitaron las llaves de mi casa, me dieron con ellas en la cabeza, me llamaron ladrón, hijo de puta. Querían que dijera que había ido al pueblo a robar o a tirar bombas. Como no me sacaban otras palabras que no fueran de protesta, me dijeron que me iban a hacer filetes si no confesaba los crímenes que había cometido. Por fin, me dejaron telefonear a Madrid a mi amigo Cónsul de Chile, y sin darme ninguna explicación ni disculparse me dejaron libre. Comprenderás que desde aquel día tengo odio a la Guardia Civil, menos a tu padre, Josefina... (Hernández, 1988: 60-61)

Miguel Hernández le cuenta con todo lujo de detalles lo que acaeció aquella tarde. Aunque lo verdaderamente relevante es lo que sucedió tras la detención: la publicación de un texto colectivo, redactado por sus amigos poetas y reproducido en diversos medios, en el cual se denunciaba, a partir de este suceso, los abusos que ejercían las fuerzas del orden. El texto, encabezado por Federico García Lorca, contaba con las firmas de José Bergamín, José María Cossío, Pablo Neruda, Rafael Alberti y María Teresa León, Arturo Serrano Plaja, Antonio Espina y Ramón J. Sender, entre otros. El episodio supuso un auténtico punto de inflexión en la vida y en el pensamiento político del poeta oriolano. Tras ser liberado, Miguel Hernández no duda en acudir a la búsqueda de Rafael Alberti y María Teresa León para afiliarse al Partido Comunista de España (PCE), según el testimonio que esta última presenta en su *Memoria de la melancolía*. Para la pareja, el recuerdo de aquellas dos frases es suficientemente elocuente: «Estoy con vosotros. Lo he comprendido todo».

Este hecho, sin embargo, se contrapone a lo que Josefina Manresa afirma en sus *Recuerdos*: «nunca le vi que tuviera el carnet de ese partido» (Manresa, 1980: 100). Las palabras de Josefina, no

obstante, habrán de ponerse en tela de juicio, puesto que la documentación conservada parece demostrar lo contrario de lo que la viuda expone. Cuando en los primeros meses de la Guerra Civil, concretamente el 23 de septiembre de 1936, Miguel Hernández decide alistarse a la milicia del Quinto Regimiento, en su ficha número 7.590 queda registrado como «mecanógrafo» y como militante del PCE (literalmente, P.C.), con número de afiliación 120.395 (Martín, 1992: 5-7) (véase la ilustración de la portada). De igual modo, si de lo que se trata es de mostrar testimonios y no datos documentales, lo expuesto por Josefina Manresa, que niega la militancia del poeta, difiere del testimonio de la hermana del poeta, Elvira Hernández, y de las voces de algunos de sus antiguos amigos y compañeros como Ramón Pérez Álvarez, Santiago Álvarez, Efrén Fenoll o Nicolás Guillén (Guillén, 1943: 9-14). Efrén Fenoll asegura –con Ramón Pérez Álvarez, Elvira Hernández y Josefina Manresa de testigos– haber encontrado y entregado a esta última un documento que prácticamente zanjaría la cuestión:

> Nos presentamos en casa de Josefina, Ramón y yo. Con ella estaba Elvira. Queríamos ver lo que tenía Miguel para ponerlo a salvo porque temíamos que la familia no estuviera a la altura. En el cuarto de Miguel, en un armario, había una caja de zapatos y una vieja maleta llena de papeles, cartas, etc. Bajamos todo aquello y cayó al suelo un carnet color pajizo con una estrella de cinco puntas. Yo se lo señalé a Ramón que lo recogió y se lo entregó a Josefina encareciéndole que lo guardara bien porque era un documento importante (*Ibid.*: 7).

A raíz de la postura adoptada por la viuda del poeta en años más recientes, negando categóricamente la militancia de Miguel Hernández, y teniendo en cuenta la personalidad de una mujer que nunca sintió la pasión política de su marido y a la vez tuvo que vivir bajo una dictadura en la que esta no era una carga menor precisamente, podemos imaginar qué ha sido de ese documento.

Pero, a falta de la verificación documental, la actitud de Miguel Hernández a partir de 1935/36 dista mucho de parecerse a la de aquel muchacho que escribía autos sacramentales y clamaba, con sus versos, la Eucaristía como el medio para alcanzar la paz social. Las cartas que escribe a Josefina, desde Madrid, constitu-

yen una prueba irrefutable de su nueva concepción política de la sociedad. Miguel Hernández ahora se deja ver por los círculos comunistas y expresa un fuerte sentimiento anticlerical, como corrobora la carta escrita a Josefina en febrero de 1935:

> ¿Qué me dices? ¿Han quemado los conventos en Elche y Alicante? ¿Cuándo van a quemar al Obispo de Orihuela? Hace tres o cuatro meses lo vi en un restorán de gente comunista que yo conozco –claro que él no lo sabía– y al verme a mí se marchó corriendo. La dueña del restorán me dijo que la había estado haciendo señas y cuando yo le dije que era el obispo de mi pueblo, se puso a llamarlo sinvergüenza y muchas cosas más (Hernández, 1988: 40).

Miguel Hernández fue comunista y, en tanto que comunista, una vez iniciada la guerra quiso batallar, en primera fila de combate, lejos de las retaguardias donde se escondía el grueso de intelectuales republicanos. Porque Miguel Hernández, en palabras de Santiago Álvarez, comisario del Quinto Regimiento, fue siem-pre

> ...un «poeta combatiente». Porque él no era como Rafael Alberti o como los otros que iban al frente, estaban en un acto y volvían a Madrid. Él estuvo allí todo el tiempo, igual que cualquier otro combatiente, lo que pasa es que era un poeta excepcional. Primero, los soldados le querían mucho: dormía con ellos, comía con ellos[...] no tenía ninguna razón de hacerlo, porque él podía estar más atrás en otro sitio que había para el Estado Mayor y para la gente colaboradora, pero no, él estaba con nosotros (Gómez y Patiño, 1999: 449).

La alusión a Alberti no es casual. El propio Miguel Hernández, en su artículo «Defensa de Madrid: Madrid y las ciudades de la retaguardia», publicado en la revista *Al Ataque*, fustigó a los intelectuales que se escondían en la retaguardia y al ambiente burocrático y festivo de las ciudades, en contraste con la dura situación en los frentes (Texto 7). De hecho, la actitud crítica de Miguel no se limitó al papel impreso. Cuenta el novelista Benjamín Prado cómo Miguel, el 25 de febrero de 1939, en el acto de homenaje a la mujer antifascista,

> ...estaba viendo cómo en la retaguardia el dinero corría a raudales, en los agasajos que se preparaban a los camaradas ingleses y a las delegaciones comunistas extranjeras, que se asomaban a la puerta con la curiosidad del que viene a un safari prestigioso, pero sin mayores riesgos, mientras en las trincheras los soldados vivían la extrema ne-

> cesidad. Ese era un dinero del pueblo que debería gastarse en el pueblo, en armas y víveres, dijo. Y repitió estar harto de comprobar cómo una vez más quienes arrimaban el hombro y se jugaban la vida eran unos, y quienes descorchaban las botellas de vino, otros, y que ellos no eran más que señoritos. Alberti y sus camaradas le invitaron con algazara a que todo eso lo pusiera por escrito en la pizarra que había en un rincón para someterlo a estudio. Así que el poeta, tomó la tiza y escribió con imperturbable serenidad: Aquí hay mucho hijo de puta y mucha puta. Entre los presentes estaba María Teresa León, mujer de Alberti; esta se dio por aludida, se abalanzó furiosa sobre Miguel Hernández y le propinó un puñetazo que le tumbó de espaldas y le rompió un diente (Prado, 2001. *Cfr.* Trapiello, 2001).

Miguel Hernández mostró su desprecio a los intelectuales que se esconden en la retaguardia, en vez de acudir al frente a combatir, en un famoso poema titulado, precisamente, «Los cobardes» (Texto 8), donde afirma que esos intelectuales le duelen «en los cojones del alma».

En efecto, va a ser con el inicio de la Guerra Civil española cuando la literatura de Miguel Hernández experimente su giro definitivo hacia el compromiso. La actividad poética y política, en los tiempos de la Guerra Civil, se entrecruzan en la biografía de Miguel Hernández. Una prueba de ello es su presencia, en junio de 1937, en el II Congreso Internacional de Escritores, celebrado entre Valencia y Madrid. En este marco, Miguel Hernández no solo comparte espacio con su amigo Pablo Neruda, sino también con otras figuras consolidadas de las letras y las artes como Antonio Machado, André Malraux, Alejo Carpentier, César Vallejo, Vicente Huidobro, Tristan Tzara, Octavio Paz y Nicolás Guillén, entre otros. El encuentro, que fue organizado por la Alianza de Intelectuales Antifascistas, contó en la inauguración con la presencia de Negrín y de don Antonio Machado para la clausura. La ponencia colectiva, cuya lectura corre a cargo de Arturo Serrano Plaja, la firman –entre otros– Emilio Prados, Juan Gil-Albert y el propio Miguel Hernández.

Otra prueba de su compromiso se localiza, el mes de septiembre de 1937, en su viaje a la Unión Soviética. A través de una invitación de Moscú, cursada al Ministerio de Instrucción Pública, nuestro poeta acompañó a la delegación que representa a España

en el V Festival de Teatro Soviético. Su estancia en el país socialista, de aproximadamente un mes, le depara una frenética actividad política y cultural: representaciones teatrales, visitas a fábricas y a escuelas de niños españoles evacuados y encuentros con intelectuales, son algunas de sus funciones en la URSS. Entre tanto ajetreo, Miguel Hernández puede sentarse un momento para escribirle a Josefina Manresa:

> Anteayer por la tarde he llegado a Moscú y hasta este momento me había sido imposible escribirte. Tú no sabes lo que nos hacen trabajar al cabo del día los rusos. Es una gente que no quiere que nos vayamos de aquí sin llevarnos una impresión profunda de todo y continuamente nos llevan de un lado para otro y nos acosan a preguntas y atenciones (...). Me he tenido que poner un traje azul, corbata, zapatos, que me duelen mucho por cierto y echo de menos mis espardeñas, que he tenido que tirar (Hernández, 1988: 200).

E insistirá días después:

> ...Ocho días llevo ya en Moscú (...). No sabes qué vida más aperreada llevo en esos ocho días de trabajo constante con periodistas y otra cantidad de gente de aquí. Aún no me he despertado y ya está sonando el teléfono de mi habitación, y es que me llama la peribochi, la intérprete que se llama peribochi, para que me levante y vaya a cualquier parte donde me espera fulanito de tal para hacerme una interviú, o menganito para tocarme los cojones. Luego tengo que escribir para periódicos, revistas... Anoche me acostaba a las cuatro, aunque aquí el reloj va adelantado dos horas y sólo eran las dos en realidad (*Ibid.*: 201-202).

La exasperación que le transmite a Josefina tal vez se deba a que, como afirma en una entrevista ofrecida en *La Gaceta de Moscú*, «He venido a la URSS directamente desde el frente y al regresar a España volveré a las trincheras. Allí está mi puesto, allí está el lugar de cada español honrado, que no de palabra, sino de hechos, se esfuerza por ver a su patria y a todo el mundo libre del fascismo» (Puccini, 1987: 67).

Las biografías del poeta coinciden –dejando asomar su interés por desprestigiar la realidad soviética por encima del rigor que la tarea de historiador exige– en que Miguel Hernández regresó cambiado, y aun decepcionado, de la URSS, tras sufrir el desencanto de haber advertido «la sombra oscura de Stalin»

(Ferris, 2002: 382). Esta supuesta modificación de su percepción del socialismo, a partir de testimonios que nada oyeron objetar sobre este aspecto a Miguel Hernández, sino que únicamente interpretaron sus silencios[3], no se corresponde con la imagen que el poeta traslada en los versos sobre su experiencia en la Unión Soviética, como es un claro ejemplo su poema «Rusia», cuyos versos fueron compuestos tras recorrer el poeta «la nación del trabajo y la nieve» (Texto 9). Del tono del poema no se desprende ni de un atisbo de desencanto. Al contrario, el poema muestra la admiración de un sujeto que reconoce un sistema económico distinto a todo lo conocido, de un hombre que ha sabido apreciar el proceso de construcción de una sociedad nueva tras derrumbar el régimen de los zares. Al tiempo que describe el proceso de extensión de la industria pesada, que sería la base de la economía soviética, el poeta admira la política de fomento de vivienda que tuvo lugar durante el Segundo Plan Quinquenal (1933-37) y que, durante el breve periodo en que Miguel Hernández permanece en la URSS, ya estaba entregando sus primeros frutos.

Pero la impresión que mejor interioriza el poeta pertenece más al ámbito de lo emocional, del sentimiento vivido y respirado, que de lo económico y lo político. A diferencia de lo sentido en Londres o París, donde encuentra «una humanidad automática, mecanizada, sorda por indiferencia egoísta al clamor de los pueblos atropellados», como así lo cuenta en su artículo titulado «La URSS y España, fuerzas hermanas» y publicado en la revista del PCE *Nuestra bandera* (Texto 10), en la Unión Soviética observa cómo que «los rusos sienten la guerra nuestra como si fuera de ellos», como le cuenta a Josefina Manresa en carta fechada el 18 de septiembre de 1937 (Hernández, 1988: 203).

En este periodo bélico, Miguel Hernández pone su pluma al servicio de la República. Sus versos, que suenan en las radios militantes y en la prensa del frente, trasladan optimismo a los soldados del Ejército de la República. Con sus escritos busca, de igual modo, enaltecer algunas de las personalidades más significa-

[3] Elena Garro, la mujer de Octavio Paz, alerta el cambio a partir de la contemplación de «su rostro» que «se había vuelto solemne, como si la experiencia soviética lo hubiera marcado» (Ferris, 2002: 383).

tivas en la lucha contra el fascismo en España: una prueba de ello es el poema titulado «Teruel», dedicado a Enrique Líster, militar comunista y miembro destacado en la organización del Quinto Regimiento (Texto 11), o a Dolores Ibárruri, *Pasionaria*, dirigente del Partido Comunista de España (Texto 12). Pero también cantó Miguel Hernández a otros héroes que, si acaso sus versos no los hubieran inmortalizado, hubieran pasado desapercibidos para la Historia. Es el caso de Rosario Sánchez Mora, una joven de diecisiete años que, al inicio de la guerra, se incorporó a las Milicias Obreras del Quinto Regimiento; fue destinada a la sección de dinamiteros y allí, manipulando la dinamita, para la fabricación casera de bombas, un cartucho le estalló y perdió una mano. Miguel Hernández le dedicó un hermoso poema titulado «Rosario, dinamitera» (Texto 13).

Los avatares de la guerra determinan la producción poética de Miguel Hernández. Lamentablemente no solo puede escribir el poeta versos para transferir ánimo a los combatientes. En ocasiones, la poesía asume la forma elegíaca y sus versos se imprimen en el papel como en una lápida. Bien pronto hubo de lamentar Miguel Hernández la muerte de su amigo y compañero poético, Federico García Lorca (Texto 14), fusilado entre Víznar y Alfacar, en la provincia de Granada, el 18 de agosto de 1936. Como también, y entre tantas otras, fue muy sentida, para el poeta de Orihuela, la muerte del escritor y combatiente cubano Pablo de la Torriente Brau, que murió el 18 de diciembre de 1936, con una «muerte serena» que no logró mitigar el dolor de Miguel Hernández (Texto 15). Juntos habían leído, recitado y combatido, animando siempre a las tropas con su proximidad y sentido del humor.

Otros poemas, aunque asimismo escritos en el contexto de la Guerra Civil, no se ocupan de la circunstancia bélica inmediata sino que denuncian la explotación capitalista desde postulados teóricos próximos al marxismo. Es paradigmático en este sentido «Aceituneros» (Texto 16), un poema en el que Miguel Hernández habla sobre la apropiación del trabajo del campesino por parte del dueño de las tierras. El enriquecimiento de la clase dominante, que se basa en la extracción de plusvalía –el propietario de las

tierras se enriquece acaparando los frutos del trabajo ajeno–, se debe combatir por medio de la lucha revolucionaria; es preciso que los campesinos se alcen contra el terrateniente para que la tierra pertenezca a aquellos que la trabajan.

Ferviente defensor de la República y firme en sus ideas, Miguel Hernández, como decía en su poema dedicado a *Pasionaria* (Texto 12), como si de una profecía triste se tratara, murió «como un pájaro: cantando, penetrado de pluma y entereza, sobre la duradera claridad de las cosas». O, como concluye su poema «Vientos del pueblo» (Texto 17),

> Cantando espero a la muerte,
> que hay ruiseñores que cantan
> encima de los fusiles
> y en medio de las batallas.

Y así fue. Esperando la muerte siguió cantando, componiendo versos en las cárceles, los que terminarían recogiéndose en su poemario *Cancionero y romancero de ausencias*. Murió, lo dejaron morir, el 28 de marzo de 1942, a las 5.30 horas de la mañana, Miguel Hernández «murió de tuberculosis y de comunismo» (Vázquez Montalbán, 1976: 19) en el Reformatorio de Adultos de Alicante, tras pasar más de tres años «haciendo turismo»[4] por las cárceles franquistas. Le dieron la oportunidad de renegar de sus ideas para lograr la libertad –como veremos seguidamente–, pero Miguel Hernández, poeta comunista, prefirió seguir cantando, aunque la canción le llevara a la muerte, que traicionarse y traicionar a sus compañeros de batalla.

4. La desideologización de Miguel Hernández. Balance de un centenario

Este es Miguel Hernández en su *radical historicidad*: un sujeto que no está exento de exteriorizar las contradicciones del momento histórico en el que vivió. Es necesario reivindicar este Miguel

[4] Expresión que utiliza Miguel Hernández en carta escrita a Josefina Manresa (Madrid, 27 de noviembre de 1940. Hernández, 1998: 313). Unos meses atrás, desde su cautiverio en Palencia, había escrito a Josefina lo siguiente: «Como ves estoy hecho un turista de cárcel a cárcel» (Palencia, 25 de septiembre de 1940. *Ibid.*: 306).

Hernández para no alejarnos en exceso de su auténtico retrato ni de la realidad histórica en que, en tanto que sujeto histórico, se inscribe; si no es así, no trazaremos sino una caricatura de un personaje más exótico que real, más romántico que histórico, que poco o nada tendrá que ver con su Historia.

Este es un gran peligro. Si no leemos a Miguel Hernández en su *radical historicidad* corremos el riesgo de que a su muerte física le siga una segunda muerte: su muerte hermenéutica. Y sospechamos que esto que tememos es lo que en realidad ha sucedido en el año 2010, durante los actos de la celebración del centenario de su nacimiento. Porque Miguel Hernández ha regresado –o le han hecho regresar– a nuestros días despolitizado y sin ideología. Ha regresado como hombre y como poeta, pero no como sujeto histórico y social. La celebración de su centenario certificó su segunda muerte o muerte hermenéutica. Un poema del poeta y crítico Matías Escalera Cordero muestra, de un modo muy exacto, de qué hablamos cuando nos referimos a la segunda muerte de Miguel Hernández. Dicen así los versos del poema titulado «Petición de disculpas a Miguel Hernández (ahora que vamos a matarlo por segunda y definitiva vez)»:

Hace unos años: hermano Miguel –o camarada Hernández: a ti sí puedo
llamarte hermano y camarada– escribí un breve poema
Pensando en el olvido y en el tiempo...

...

UN NOMBRE OLVIDADO (lo titulé y publicado está...)

Colegio Público «Miguel Hernández».

.....

Pasa el tiempo –me digo– por encima de los nombres
y abate todos los rostros
y se gastan como las piedras –a pesar del arte
o de la verdad–
o de la muerte: dadora de olvido y corrupción...

...

Qué imbécil fui: me olvidé del negocio
Y de nuestra memoria conmemorativa...

Conmemoramos cualquier cosa (hermano Miguel: camarada
Hernández...)
Nos hemos convertido en aves de efemérides
Nos da igual la pitanza: ¿sabes?
Ya todo nos da igual (en realidad) Salvo el negocio...

Por eso (en tu año centenario) Perdona: hermano Miguel...
Camarada Hernández...

Mi imbecilidad: lo primero

Y disculpa a tus camaradas (y a los poetas bien intencionados...)
Que con tan buena intención van a ayudar a tus enemigos
A matarte (por segunda y definitiva vez: hermano Miguel...)

Camarada Hernández...

Maldice –por mí: conmigo– desde tu tumba a los mercaderes
A los académicos
A los profesores
A los tribunos de sí mismos
A los ignorantes
A los incautos...

No tengas en cuenta a tu familia
Ni a tus paisanos: son los mismos (no han cambiado...)

Hermano Miguel...

Maldíceme también a mí: conmigo...
Y excusa –si puedes– este poema a tu costa (no el primero: ese sobre el olvido
y el tiempo: ese no...) Y perdónanos
En tu segunda y definitiva muerte: si nos escuchas... (Escalera Cordero, 2010: 71-72).

El concepto de «muerte hermenéutica» deriva de la última obra que escribió Walter Benjamin, poco antes de su suicidio en la alt-empordanesa localidad de Portbou. El libro respondía al título *Sobre el concepto de Historia*, aunque también es conocida como *Tesis sobre filosofía de la Historia*. Si bien el heterodoxo marxista alemán no empleó nunca en sus escritos tal sintagma, sino que fueron los estudiosos de su obra quienes empezaron a servirse de él en relación con sus tesis sobre el concepto de Historia, es de justicia atribuirle a Benjamin, por su sentido y su significado, el mérito del término, aunque no fuera él quien lo acuñara.

Las *Tesis sobre la historia* de Walter Benjamin constituyen, en síntesis y en palabras de un especialista en la materia como Michael Löwy,

> ...una impresionante crítica revolucionaria de la doctrina del progreso inevitable y de las concepciones conformistas de la historia, las que se identifican –por el método de la *empatía (Einfühlung)*– con el campo de los vencedores. Para este tipo de historiografía, la historia es un gran cortejo triunfal, del cual participan los vencedores de ayer, y el cual «avanza por encima de aquellos que hoy yacen en el suelo» (tesis VII) (Löwy, 2005: 35).

Walter Benjamin, en efecto, carga contra la concepción progresista de la Historia en la cual los procesos históricos se presentan como un *continuum* temporal, lineal y homogéneo. Esta noción histórica, mecánica y causal, borra las huellas de revolución y ruptura como parte constituyente de la Historia. Como el ángel que protagoniza la famosa tesis IX de Walter Benjamin, el historicismo progresista es incapaz de detener su mirada en las ruinas y los despojos que ha dejado tras de sí la Historia, porque un viento huracanado, denominado progreso, le empuja irremediablemente hacia adelante, impidiéndole fijar la vista en el pasado. La tempestad le impide al ángel –y asimismo al historiador– detenerse a reconocer las huellas de la ruptura y le impulsa a establecer un conocimiento histórico basado en la concepción de linealidad y continuidad homogénea, como si de una flecha que muestra un sentido único se tratara. El pasado, en tanto que *continuum*, queda reducido a una mera narración de acontecimientos y exposición de datos, a una sucesión de momentos deshilvanados, a una cadena de significantes sin significado. Se concibe, por lo tanto, un tiempo homogéneo y vacío que, a su vez, legitima la pervivencia hegemónica de la clase dominante, enalteciendo sus glorias y ocultando los destrozos que, para alcanzar su victoria, se ha llevado por delante. De este modo lo señala Bolívar Echeverría:

> La continuidad histórica es la persistencia de ese soplo, al que Benjamin identifica como un soplo que viene del paraíso, como el vehículo de la complicidad que mantiene el Dios de la legitimación política con las clases triunfadoras que se suceden en la detentación del dominio sobre la sociedad (Echeverría, 2005: 31).

Pero en el propósito del ángel de «detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo destrozado» (Benjamin, t. IX, 2008: 310) se configurará la concepción histórica de Walter Benjamin a partir de la cual será posible recuperar el sentido del pasado, llenar la Historia de significado, entender que las ruinas y los despojos, las huellas de la revolución y la ruptura, también forman parte de la lógica interna de un mismo proceso histórico. Con ello Benjamin está integrando a la concepción de Historia aquellos elementos marginales que, por no formar parte del cortejo triunfal de los vencedores, habían sufrido el desprecio del olvido. Benjamin incorpora a los vencidos a la noción de Historia e inaugura una nueva tradición histórica:

> ...la tradición de los oprimidos, el punto de vista de los vencidos. No los vencidos en tal o cual guerra o enfrentamiento, sino los que son las víctimas permanentes de los sistemas de dominación: los esclavos, los siervos, los campesinos, los proletarios, las minorías étnicas o religiosas, las mujeres. Oprimidos que han resistido, que han luchado, que se han levantado en contra de la dominación, una y otra vez, pero que terminaron siendo derrotados por los señores (Löwy, 2005: 36).

Benjamin reclama una tradición de los oprimidos por la Historia, una tradición que, como el ángel de la tesis IX, tenga el propósito de detenerse en las cunetas y despertar a los muertos que las habitan. Porque para Benjamin el rescatar a los muertos del olvido no es solo una forma de hacer justicia con un pasado frustrado en tanto que presente no realizado; en la redención de las víctimas del pasado late también la esperanza de una experiencia revolucionaria. Así lo expone Fina Birulés i Bertrán:

> ...en Benjamin la nostra relació amb el passat no es tradueix en una simple rememoració apologètica de les víctimes de l'ahir, sinó en una responsabilitat política del nostre present: és com si la consciència política saltés per sobre dels segles per captar un moment del passat en què es reconeix, no tant per conmemorar-lo, sinó per reanimar-lo, donar-li una vida nova i tractar de realizar el que ens manca avui. D'aquesta manera, el passat il.luminat esdevé una força en el present i, per tant, història i política, rememoració i redempció esdevenen inseparables. El passat exigeix, parla directament, a través de les ruïnes desestimades en el marges, d'allò que fou posible; dit en

altres termes: la memoria és vinculada a la responsabilitat de comprendre i lluitar políticament el present (Birulés i Bertrán, 2010: 40).

Benjamin considera que la tarea de detenerse en el pasado y de despertar a los muertos es una función que le corresponde realizar al materialismo histórico «en el instante de un peligro» (Benjamin, t. VI, 2008: 307)–nos dice en la tesis VI. El autor alemán, que acostumbra a ser oscuro y en ocasiones ambiguo, en esta tesis se muestra muy transparente al afirmar que el instante de peligro en el que se debe conocer el pasado para redimirlo se produce cuando la Historia pasa a «convertirse en instrumento de la clase dominante» (*Ibid.*, 308). De forma magistral glosa el significado de la tesis Reyes Mate:

> ...no se puede conquistar lo que aquí se propone –dar vida a un pasado muerto– si no se da antes la batalla contra los que nos han hecho creer que el muerto muerto está y no hay nada que hacer. Ahora bien, si uno tiene respeto por los muertos, si no está dispuesto a que, tras la muerte física les sobrevenga también la insignificancia hermenéutica, que es como una segunda muerte, tiene que descubrir en el pasado la chispa de esperanza, es decir, tiene que buscar en el pasado la luz que dé sentido a lo que aparece inerte (Reyes Mate, 2009: 120).

Pues bien, ahora nos encontramos en ese instante de peligro. La ideología dominante, que como ya habían anunciado Marx y Engels en la *Ideología alemana*, es siempre la ideología de la clase dominante (Marx y Engels, 1974: 78), se está apropiando del pasado, de la Historia, haciendo de ellos instrumentos privilegiados para la reproducción y la legitimación ideológica. Y el caso de Miguel Hernández es solo un ejemplo.

Existe este peligro. Vivimos tiempos posmodernos en los que los hechos históricos, cuando no son entregados al olvido, regresan a nuestro presente mediatizados por el inconsciente de nuestra época, esto es, despolitizados y desideologizados. Y así regresa Miguel Hernández el año de su centenario, como un personaje a quien se le ha borrado la huella de lo político y lo ideológico. De forma muy acertada lo exponía, en el número de enero de *Mundo Obrero*, Felipe Alcaraz:

> Van a intentar por todos los medios digerir su figura, salvarla del "sectarismo de sus camaradas". Porque en el fondo no quieren remediar su ausencia, sino trucarla, ya que no pueden construir el olvido. Y a esta nueva batalla, para salvar el rostro verdadero de Miguel, estamos convocados los comunistas (Alcaraz, 2010: 32).

En efecto, se trata de salvar el rostro verdadero –de su radical historicidad– de Miguel Hernández. Porque la posmodernidad está celebrando su figura pasándola por el filtro de un neohumanismo que no busca sino desplazar lo político y lo ideológico de su biografía y de su producción literaria en virtud de lo humano. Lo político, lo ideológico, y aun lo social, se interpreta como un elemento accidental que nada implica en la *verdad* de la Historia. Lo esencial es la categoría de lo humano que desplaza –y aniquila– a todas las demás. No es casualidad que los portadores privilegiados de ideología que escriben en *El País Semanal* del 7 de marzo del presente 2010, en el número dedicado a Miguel Hernández, hagan, con sospechosa insistencia, constantes alusiones al poeta en tanto que hombre y nunca se refieran a él como sujeto político ni se hagan referencias explícitas a su ideología. Por ejemplo, un notabilísimo novelista escribe que «su martirio real no nos exime de la necesidad de mirar su figura completa como escritor y como *hombre*, que es mucha más rica» (Muñoz Molina, 2010: 39). O, más adelante, cuando explicita de qué está hablando, dice:

> ...la vida no de un inocente, ni de un buen salvaje exótico, ni la de un santo, sino la de un *hombre* que sobreponiéndose a circunstancias terribles logró hacer de sí mismo aquello que soñó desde que era un chaval pastoreando cabras: un poeta y un *hombre* en la plenitud de su albedrío (*Ibid.*: 39. La cursiva es mía).

En otro artículo, un famoso cantautor hace su propia definición del personaje:

> ...rindo un fraternal homenaje al poeta, al niño cabrero, al amigo desgajado, al amante exiliado, al padre huérfano, a la víctima de las cárceles de la dictadura, al hombre que cada vez que colgaba al sol los sueños, la vida le dejaba carbón (Serrat, 2010: 45).

El léxico neohumanista está presente en su definición, donde las categorías humanas –poeta, niño, amigo, amante, padre, víctima,

hombre– han desplazado totalmente a la categoría política que no aparecen en ninguno de los sustantivos ni adjetivos de la semblanza. La categoría *hombre* desplaza y aniquila cualquier categoría de tipo histórica, política o social.

En el número especial de *El País Semanal* no hay una sola referencia a la posición política de Miguel Hernández. Se dice que escribe «poesía bélica, comprometida, con el objetivo de flagrar la lucha por la civilización de los soldados, para hacer resplandecer como fuego o llama la causa de la justicia» (Guerra, 2010: 42). Pero no se pone nombre a esa causa de la justicia que –y Miguel lo tenía muy claro– sabemos que se llamaba comunismo. Se habla, en el mismo artículo, de un «poeta ético, moral, había entregado su fe y sometido a riesgo su vida por una causa noble en la que perdería todo lo que le hacía vibrar», pero, de nuevo, no se explicita el nombre de esa noble causa (*Ibid.*: 43).

En realidad sí hay una referencia a su pertenencia al Partido Comunista, aunque solo se alude a ella para negarla de inmediato, obedeciendo –sin contrastarlo– el testimonio de la viuda:

> Tras su muerte se habló con insistencia de su pertenencia durante la guerra al Partido Comunista, aunque tal circunstancia fue siempre negada por su esposa, pero ya en la década de los noventa se halló la ficha de afiliación de Hernández al Quinto Regimiento, en el que aparece como militante comunista. Es éste un dato claro, aunque algunos autores dudan de su veracidad debido a las irregulares circunstancias de los registros propios de la guerra (*Ibid.*: 42-43).

El artículo que cierra el dossier que se le dedica a Miguel Hernández corre a cargo de un poeta ilustre y, como no podía ser de otro modo, de la experiencia. En un momento del mismo, saca a colación un verso de Miguel Hernández que dice: «Algún día / se pondrá el tiempo amarillo / sobre mi fotografía» (García Montero, 2010: 48). El paso del tiempo vuelve de color amarillo las fotografías desgastadas. Pero no ha sido el paso del tiempo lo que ha vuelto la fotografía de Miguel Hernández de color amarillo, sino el filtro de nuestro tiempo –nuestro tiempo amarillo y posmoderno– que quiere borrarle el color rojo a su fotografía, el rojo de sus versos y de su Historia; este tiempo amarillo pretende traerlo a nuestros días despolitizado y debilitado, para que no

podamos reconocernos ni en él ni en su pasado: para que no moleste mucho, en definitiva. Se pondrá, en efecto, el tiempo amarillo sobre su fotografía cuando terminen de apropiarse de Miguel Hernández estos intelectuales amarillos de la falsa izquierda que ya están tocando demasiado «los cojones del alma».

Porque Miguel Hernández murió –lo dejaron morir, se suele decir, como eufemismo que enmascara la realidad de un asesinato en diferido– sin traicionar sus ideas. Nunca renegó de su ideología y siempre se mantuvo firme en su compromiso político, aunque era consciente de que una simple entonación de arrepentimiento le hubiera bastado para salvar la vida. Otro insigne comunista, como fue Miguel Núñez, cuenta en sus memorias que, en el periodo en que compartió prisión con el poeta oriolano, se presentaron en el penal de Ocaña a visitar a Miguel Hernández un grupo de falangistas que le ofrecían su salvación a cambio de su conversión ideológica. Eran José María Cossío, para quien trabajó Miguel en la confección de la Enciclopedia taurina *Los toros*, y los escritores falangistas Ernesto Giménez Caballero y Dionisio Ridruejo. Cuenta Núñez en *La revolución y el deseo*, a partir del testimonio del corneta que se encontraba en el despacho del Jefe de Servicios de la prisión, donde los falangistas recibieron a Miguel, los entresijos de la entrevista:

> ...en un momento de la conversación, Miguel cogió del brazo a Giménez Caballero, le llevó hasta la ventana que daba al patio de la prisión –coincidiendo con la hora de paseo de los presos– y le dijo: «Mira, Ernesto, estos son mis camaradas, con ellos he luchado, con ellos sufro la derrota, y con ellos me quedo, porque sin ellos no soy nada» (Núñez, 2002: 164).

En ese momento, Miguel sabe que su dignidad no puede constituir moneda de cambio para lograr la libertad, porque, como él mismo les espeta, no es una puta barata (Becerra Mayor, 2011: 102-113).

Pero lo que no logró el franquismo, esto es, el hacer renegar a Miguel Hernández de su ideología comunista y de su adhesión al bando republicano, lo han logrado nuestros tiempos posmodernos. Finalmente, y muy a su pesar, han convertido a Miguel Hernández en una puta barata haciéndole renegar de su

militancia política. Porque, como decía Benjamin en la tesis XVI, por medio de una metáfora brillante, en el burdel del historicismo «el pasado (...) nos espera como una ramera dispuesta a decir lo que el visitante quiera oír» (Reyes Mate, 2009: 250). Y el Miguel Hernández que nuestra posmodernidad ha construido espera a los historiadores como una puta de burdel dispuesta a ser penetrada y hacer lo que el visitante le ordene. Con ello, Miguel Hernández será construido según los parámetros ideológicos del capitalismo avanzado o posmoderno, y le harán decir lo que desde estos mismos parámetros quieren oír. Pero el historiador se introduce en la historia como quien penetra a la prostituta del burdel, esto es, con la falsa ilusión de poseerla pero sin llegar nunca a llenar su vacío. El crítico inglés Terry Eagleton lo expone el contenido de la tesis XVI del siguiente modo:

> La historia homogénea (la historia que ha expulsado las huellas de la ruptura y la revolución) se parece a la ramera tanto en su disponibilidad inmediata como en su estéril vacío (...). [La ramera] es continuamente penetrada pero nunca violada, llenada sin cesar pero siempre vacía (Eagleton, 1998: 79-80).

Miguel Hernández, convertido en ramera del burdel del historicismo, es continuamente revisado y revisitado, pero siempre como un significante vacío, debido a la construcción de una figura a la que no logran llenar de significado e historicidad. En el burdel del historicismo, consiguientemente, el historiador volverá sobre el pasado tantas veces como desee pero nunca logrará aprehender su sentido. Y en este acto de convertir a Miguel Hernández en una ramera que espera su turno en el burdel de la Historia es donde se produce su segunda muerte, su muerte hermenéutica. Porque si bien no se ha condenado a Miguel Hernández al olvido, como sí ha sucedido con otros escritores y artistas antifascistas, sí ha padecido una insignificancia hermenéutica que consiste en borrarle su sentido político y social.

Nuestro compromiso consiste en acudir a la Historia no como quien acude a un burdel donde le espera con disposición la ramera, sino como quien acude a una cita con el pasado. Como dice Reyes Mate:

> Benjamin propone la figura de la cita [para] sacar al pasado, a ese pasado de los vencidos, fuera del nicho en el que lo han colocado los que escriben historia para darle vida y voz propia. Ese pasado que ha desaparecido del mapa (...) es rescatado de su irrelevancia y puesto en el orden del día como tema mayor (Reyes Mate, 2009: 82).

A esta cita con Miguel Hernández estamos convocados si queremos evitar su segunda muerte. Una cita en la que el ángel de la Historia pueda detenerse a observar y recomponer los fragmentos; una cita en la que podamos reconstruir a Miguel Hernández, en la que podamos «articular el pasado histórica-mente» (Benjamin, t. VI, 2008: 307); una cita en la que sea posible devolverle a Miguel su significado, su sentido político, histórico y social.

Pero no basta con detenerse. La noción moderna del progreso, contra la que Benjamin arremete en sus tesis, prohibía mirar hacia atrás (Cabrera, 2010: 41-51). En el pasaje bíblico protagonizado por Lot se cuenta que este «recibe permiso de salir para salvarse de la destrucción de Sodoma y Gomorra con la condición de no mirar atrás ni pararse» (*Ibid.*: 43); pero «su mujer miró hacia atrás y se convirtió en estatua de sal» (*Biblia*, Gn, 19, 26). En nuestros tiempos posmodernos, sin embargo, no está prohibido mirar al pasado; y si decidimos detenernos en el camino y echar la vista atrás no corremos el riesgo, como la mujer de Lot, de convertirnos en estatua de sal. Al contrario, cuando el historiador vuelve sus ojos al pasado, lo que se convierte en sal no es él sino el pasado mismo. En tanto que estatua, el pasado se presenta homogéneo, fijo, inerte, sin movimiento; y en tanto que hecha de sal se presenta débil y endeble y, por ello, no resulta ni siquiera necesario que sople un viento huracanado para borrar las huellas de ruptura y revolución; bastaría con una simple brisa para destruirla, esparcir sus restos y tapar todas sus huellas. La lluvia de nuestros tiempos líquidos se encargaría de disolver los restos de sal de la estatua de la Historia.

Que el pasado se encuentre en esta coyuntura supone la constatación de que nos encontramos, efectivamente, en el instante de peligro; un instante de peligro en que la clase dominante –y su ideología posmoderna– está convirtiendo el pasado en un instrumento y se está apropiando de la Historia. Y, como habrá dicho

el propio Benjamin, cuando esto ocurre «amenaza tanto al patrimonio de la tradición como a sus propios receptores» (Benjamin, t. VI, 2008: 308). Nadie se encuentra a salvo. Si el enemigo vence, «ni los muertos estarán seguros» (*Ibid.*: 308). Pero no solo los muertos corren peligro, en este instante, de sufrir su insignificancia –su muerte– hermenéutica, como le sucede a Miguel Hernández.

Porque si quien murió físicamente corre el riesgo de morir por segunda vez, significa que el enemigo sigue vivo, anda suelto y que «ese enemigo no ha cesado de vencer» (Benjamin, t. VI, 2008: 308). Hay que estar alerta.

III

SELECCIÓN DE TEXTOS

Texto 1

Al trabajo (marzo 1930)

[Miguel Hernández (2006), *Obras completas*, RBA, vol. I, 166-168].

(...)

¡Al trabajo! Cruz forzosa que conllevan los nacidos
no en los blandos muelles cunas de palacios relucidos,
sino en míseros camastros o en rincón negro y sin luz.
¡Cruz pesada a los inútiles, vagabundos y holgazanes;
llevadera a quienes nunca se sintieron con afanes
y a los que su carga aguardan sacudir, bendita cruz...!

Suena lira del poeta con tan raras pulsaciones,
con tan rítmicas cadencias que las almas emociones
al vibrar, mientras él lanza su melódica canción.
¡Al trabajo! Fuente pura donde calman sed en dobles
los ansiosos de progreso, los escépticos, los nobles,
los que llevan fe y amores en inmenso corazón.

Escuchad, vosotros, hijos de ese padre poderoso,
de ese padre tan amante, que no pesa y es coloso,
que es tan duro y no oprime sino en pecho bajo y ruín:
que es rey, y no hace vano alarde de sus gestos soberanos....
Escuchadme buenos hijos, escuchadme mis hermanos;
los de espíritu templado al titánico trajín.

Los que en débiles mástiles suspendidos, en altura
tan gigante y espantosa que da vértigo y pavura,
impasible al peligro, magnas obras emprendéis:
los que máquinas ciclópeas de engranajes poderosos,
en tareas agobiantes, jadeantes, sudorosos,
conmoverse estrepitosas, retemblar, rugir hacéis.

Los que sucios y grasientos en caldeados y anchos hornos
–rojas ascuas crepitantes– con esfuerzos y bochornos
forjáis mágicos objetos con el hierro y el metal.
Los que inventos asombrosos ofrecéis al mundo entero,
los que nobles, sin acento simulado, falso y hueco
señaláis al pueblo inculto los caminos de un ideal,

Los que fuertes como bronces horadáis las bravas sierras,
los que alegres y animosos cultiváis las ricas tierras
con sudor, que luego pródiga esperáis que ella os lo dé;
los que no dais paz al brazo con arados ni azadones,
los del yunque y de la fragua, los pujantes, los leones...
Escuchad las toscas coplas que en vosotros me inspiré.

Escuchad mi áspera lira, donde pobre brota el verso...
¡Glorias, glorias al trabajo procreador del universo,
Progresiva acción de vidas, río de próspero caudal!
¡Glorias, glorias al trabajo mar inmenso donde flota
el cadáver de los vicios como barca frágil rota,
donde surgen ideas puras, donde nace lo inmortal!

Entonad conmigo el himno quienes buscan su progreso,
quienes todo en él lo cifran, quienes sienten el acceso
de sus obras culminantes, quienes vais del pan en pos.
Proclamad su recio influjo bienhechor... Él engrandece,
él sublima y regenera, dignifica y enaltece...
¡El trabajo es una escala para ver más cerca a Dios!

Texto 2

La bendita tierra (*El día*, 15 de octubre, 1930)
[Miguel Hernández (2006), *Obras completas*, RBA, vol. I, 199-202].

(...)

¡No, no clavó su garra octubre
en este mundo de verdores
que se ilumina y se recubre
como un altar de luz y flores!
[...]

Texto 3

Profecía–sobre un campesino
[Miguel Hernández, «Profecía-sobre el campesino», *Gallo Crisis*, nº 1 (junio, 1934), pp. 14-17. Está reproducido, en facsímil, en Becerra Mayor y Antón Fernández (2010: 188-191)].

Tú no eres tú, mi hermano y campesino;
Tú eres nadie y tu ira, facultada
De manejables arcos acerados.
A tu manera faltas sosegada,
A tu amor y destino,
Veterana asistencia de los prados.

Cornalón por la hoz, áspero sobre
la juventud del vino,
apacientas designios desiguales;
dices a Dios que obre
la creación, del campo solo y mondo,
¡tú!, que has sacado a Dios de los Trigales
candeal y redondo.

Pides la expropiación de la sonrisa
Y la emancipación de la corriente
–¡y lo imposible!– del río.
Dejas manca en los árboles la brisa,
Al ave sin reposo ni morada,
Con el hacha y el brío.

Escaso en todo y abundante en nada,
El florido lugar de regadío
Se torna en secano.
A ras de amarillo nacimiento
Se queda la simiente,
Sin el cuidado atento
De tu nocturna y descuidada mano.
[...]
Al prado no pastura ya la oveja:
Pasto puro es la oveja ahora del prado.
¡Desolación!... ¡desolación!... La hoguera
¡qué riquezas! Altera,
¡qué lucientes estragos!
¡qué admirables catástrofes! Atiza,
Ardiente iniquidad de ciervos vagos.

Se cosecha ceniza,
Parvas llamaradas,
En la Sagrada Forma de la era.

Están las viñas ruines
Y las espigas desorganizadas.

¡Caín! ¡Caín! ¡Caín de los caínes!
Inficionado de ambición, malgastas
Fraternales carmines,
Buscas el bienestar con malestares.
Bate las tiernas hermosuras vastas
De los verdes lugares,
A bocados, tu azada temerosa.

Tu puño los viñedos ya no ordeña,
Y el visco de su leche se derrama.
[...]
¡Reciennacer! ¡Reciennacer! Precisas.
¡Reciennacer! En estas malas brisas
Que corren por el viento,
Dando lo puro y lo mejor por nulos.

¡Volver! ¡Volver! Al apisonamiento,
Al apisonamiento de los rulos.
Sentir, a las espaldas el pellejo,
El latir de las vides, el reflejo
De la vida del vino
Y la palpitación de los tractores.

¡Ay!, ¡ama!, campesino.
¡adámate! De amor por tus labores.

El encanto del campo está seguro
Para ti, en ti, por ti, de ti lo espero.

En nombre de la espiga, te conjuro:
¡siembra el pan! Con esmero.
Día vendrá un cercano venidero
En que revalorices la esperanza,
Buscando la alianza
Del cielo y no la guerra.

¡Tierra! De promisión y de bonanza
Volverá a ser la tierra.

Texto 4

A María Santísima

[Miguel Hernández, «A María Santísima», *Gallo Crisis,* nº 2 (agosto, 1934), pp. 1-2. Está reproducido, en facsímil, en Becerra Mayor y Antón Fernández (2010: 192-193)].

(En el misterio de la Encarnación)

Hecho de palma, soledad de huerta
afirmada por tapia y cerradura,
amaneció la Flor de la criatura
¡qué mucho! Virginal, ¡qué nada! Tuerta.

Ventana para el Sol ¡qué sólo! abierta:
sin alterar la vidriera pura,
la Luz pasó el umbral de la clausura
y no forzó ni el sello ni la puerta.

Justo anillo su vientre de Lo Justo,
quedó, como antes, virgen retraimiento,
abultándole Dios seno y ombligo.

No se abrió para abrirse: dio en un susto,
(nueve meses sustento del Sustento),
Honor al barro y a la paja Trigo.

(En el de la Asunción)

¡Tú!, que eras ya subida soberana,
de subir acabaste. Ave sin pío
nacida para el vuelo y luz, ya río,
ya nube, ya palmera, ya campana.

La pureza del lilio sintió frío;
y aquel preliminar de la mañana
aire ¡tan encarcelado! En tu ventana,
sin tu aliento ni olor quedó vacío.

¡Todo! te echa de menos: ¿qué azucena?
no ve su soledad sin tu compaña,
ve su comparación sin Ti en el huerto...

Quedó la nieve, sin candor, con pena,
mustiándole el perfil a la montaña;
subiste más, y viste el cielo abierto.

(En toda su Hermosura)

¡Oh Elegida! por Dios antes que nada;
Reina del Ala; Propia del zafiro,
Nieta de Adán, creada en el retiro
de la Virginidad siempre increada.

Tienes el ojo tierno de preñada;
y ante el sabroso origen del suspiro
donde la leche mana miera, miro
tu cintura, de no parir, delgada.

Trillo es tu pie de la serpiente lista,
tu parva el mundo, el ángel tu siguiente,
Gloria del Greco y del Cristal Orgullo.

Privilegió Judea con tu vista
Dios, y eligió la brisa y el ambiente
en que debía abrirse tu capullo.

Texto 5

Quien te ha visto y quien te ve y sombra de lo que eras

[Miguel Hernández, *Quien te ha visto y quien te ve y sombra de lo que eras*, en *Cruz y raya* nº 16, 17 y 18 (julio, agosto, septiembre de 1934). Ed. facsímil Pictografía Ediciones, 2009].

Fragmento 1

Hombre-niño. Padre, ¿qué es esto que siento
y no veo en torno mío?
Esposo. Hijo, el aire mondo y frío.

Hombre-niño. Padre, ¿y qué es el aire?
Esposo. El viento
Hombre-niño. ¿Pero el viento?
Esposo. Un elemento
de inacabable caudal,
transparente, celestial,
(...)
Pues la enorme cantidad
de divinidad que encierra
el viento de Dios, se aferra
¡tanto y tanto! al firmamento,
que, en verdad, no tiene el viento
explicación en la tierra.
Hombre-niño. Padre, ¿y qué hay luego, detrás
del viento?
Esposo. Más viento en pos.
Hombre-niño. ¿Y detrás del viento?
Esposo. Dios.
Hombre-niño. ¿Nada más Dios?
Esposo. ¡Nada más!
Hombre-niño. Padre, padre, ¿y me dirás
Quién es Dios y de qué modo?
Esposo. Es el único acomodo
que hallarás, bueno y sencillo,
al fin; el Perfecto Anillo,
el Sin-Por-Qués y el Por-Todo.
Y no quieras más saber:
que si ahora tu afán porfía
por saber, llegará un día
en que sabrás sin querer. (5-8)

Fragmento 2

Esposa. (...) De su desequilibrio, de su pena,
del cuerpo que le estorba,
lo levantan, lo sacan, lo enajenan,
lo ponen en sus glorias.
(...)
Esposo. Mi carne llena de malicias.
(...) ¡Todo para que no sintiera el cuerpo,
la carne que da pena!
(...) ¡Todo para que un día los sentidos,
que hoy usa y no conoce,

se le vuelvan traidores enemigos
de amigos que son nobles!

El día que tropiece con el tacto
y caiga con los ojos,
por el olor rendido y alterado
por el gusto y los soplos

del Deseo, que pasa por la oreja,
como por cualquier parte,
al corazón...

Esposa. ¡Ay de él y su Inocencia! (12-16)

Fragmento 3

Hombre-niño. ¡Cómo evitar la embestida,
si al darme, padre, tu vida,
me diste tu condición.

¡Cómo había de evitar
la terrible inconveniencia
de la que fui consecuencia,
de la que me hizo alentar!
¡Cómo, si me diste par
sangre a la tuya, su brío
y su ardiente poderío,
evitar lo inevitado!...
¡Padre, sobre tu pecado
Está concebido el mío!

¡Yo soy como la cometa
que a los cielos se subió.
¿Por eso es celeste? ¡No!
Que está a la tierra sujeta.
(...)
¿Por qué nací, di? ¿Por qué? (66-68)

Fragmento 4

Mirar. ¡Alegraos, hermanos!:
aquí nuestro amo está,
que en nuestro siervo, pronto,
habemos de tornar.

Oler. ¡Albricias!

Gustar. ¡Oh!, ¡qué ganas
tengo de pelear
con él!

Tocar. ¡Llegó la hora
de no dejarlo en paz!
Oír. ¡Guerra! ¡Guerra a nuestro amo!
que nos miraba mal,
porque no nos miraba
más que a la hora de usar
de nosotros: a la hora
del trabajo.
Tocar. ¡Afinad
vuestras armas! Tenemos
que pedirle el jornal
de la labor llevada
a cabo en su heredad
gratuitamente... Y... ¡bueno!
¡ay de él si no la da!
Gustar. Yo me he puesto dos filos
ya sobre el paladar.
Oír. Yo ya llevo en la oreja
Aguzado el puñal.
Oler. Yo tengo una hoz oculta
debajo de un rosal.
Mirar. Arriba de un manzano,
yo un azadón mortal.
Tocar. Y yo, en todas las cosas,
tengo, para su mal,
una armería puesta
de espinas que le harán
sangrar, de viboreznos
que lo han de envenenar.
Deseo. (Que quiere salir de su madriguera y no lo logra).
Amigos, ¡ayudadme!,
quienquiera que seáis,
a salir de este cuerpo
del que me hice tragar
por fuerza, y que, por fuerza,
no me quiere soltar.
¡Ayudadme a salir!,
Que no es éste, en verdad,
El interior que mi
Pasión buscando va.

(Los Cinco Sentidos se llegan al Deseo y tiran de él hasta librarlo del hueco de la vida del árbol).

¡Ay! ¡Por fin abandono
mi funda vegetal!
Agradecido, amigos.
lo que queráis mandad
de mí.

Oír. Dinos. ¿quién eres?

Deseo. El Deseo. A quedar
con Dios.

Oír. Espera, que
no he acabado ya.
¿Qué hacías por aquí
que te llevó a ocultar
en ese árbol?

Deseo. *Nada*
que sea original:
dar tumbos por el mundo,
para ver de encontrar
un amo a quien servir,
mas con mi autoridad;
un amo que quisiera
mi querer nada más;
que mandara obediente
bajo mi voluntad.
Y estaba ahí dentro, porque
dió la casualidad
que me saliera al paso
Amor, y me hizo entrar,
Si no donde él quería,
donde hallé una oquedad.

Oír. ¿Conque amo buscas? Pues
delante de ti están
cinco, y los cinco somos
cual el más principal.
Quédate con nosotros;
desde hoy nos servirás
como es tu gusto y nuestro.
(Señala al Hombre-niño.)
Mira: a tus pies está
la finca cuyos campos

hemos de laborar.
Deseo. ¡Pocos linderos tiene;
pronto se acabará
la faena!... Con gusto
me quedo. ¿Qué jornal
me daréis?
Oír. Divididas
las cosechas serán;
una mitad es nuestra;
y tú te llevarás la otra mitad.
Deseo. (Yo pienso
llevarme otra mitad.)
Oír. ¡Ea, pues! ¡Comencemos!
Todos. ¡Vamos a comenzar!
(Se dirigen al Hombre-niño en actitud rapaz y el Sueño huye).
Hombre-niño. (Despertando.)
¿Quién me ha llamado, madre?
¿tú?... Pero... ¿dónde estás?
Oír. Somos nosotros.
Hombre-niño. (Estos...)
Vosotros... (¿Quién serán?...)
¿Quién sois?
Todos. Vuestros criados.
Hombre-niño. ¿Sois mis criados?... ¡Ah!...
(Y ¿quién son mis criados?...)
Y ¿qué queréis?: hablad,
criados míos (que yo
no conozco).
Oír. Escuchad.
Queremos, señor nuestro,
pues que llevamos ya
doce años en tu hacienda,
y para trece van,
recreándote con colmos
de gran candeal,
de vino aloque y frutas,
y de agua de un brazal,
con música al oído,
con miel el paladar,
con oro las dos manos,
con olores de azahar
repartido en el aire,

el órgano nasal,
y con un paraíso
los vidrios de mirar:
queremos que nos suba
un poquito el jornal.

Tocar. Mire usted que es razón.

Mirar. Que no es exagerar
mucho, pedir un poco
a su gran cantidad.

Oler. Que la hacienda con eso
no menoscabará.

Gustar. Que tan poco pedimos,
que no es nada en total.

Oír. Que lo que está en razón
siempre razón será.

Deseo. Y que si por las buenas
lo justo no nos da,
por las malas, señor,
lo tendrá que pagar.

Hombre-niño. ¿Qué me decís? ¡No entiendo
qué es lo que deseáis!

Oír. No se haga el *longui*, amigo.

Oler. No vale simular,
que a usted le conocemos
desde antes de rapaz.

Tocar. Y si no nos atiende...

Mirar. Ni tiene caridad...

Gustar. Ni nos respeta...

Deseo. Y sigue
comiendo nuestro pan,
nuestra sangre...

Oír. ¡Ay de usted!

Tocar. ¡Ay de todo su afán
por salvarse!

Oler. Las hoces
sirven para segar:
pero yo he descubierto
que sirven además
para humillar cabezas.

Mirar. Yo, que el fuego voraz,
además de calor,
la muerte a un bosque da.

Oír. Yo, que el martillo doma
huesos como el metal.
Gustar. Yo, que la reja puede
convertirse en puñal.
Deseo. Yo, que los dedos tienen
un poderoso imán,
que saca los tesoros
de un sagrado lugar
como de cualquier parte.
Tocar. Y yo, que bombas hay,
Que de angustia y dolor
El mundo hacen temblar
Cuando hay voces que gritan:
¡Abajo el capital!
Hombre-niño. ¡Dejadme en paz, criados
míos! ¡Dejadme en paz,
malcriados! No sé
qué queréis insinuar.
No sé qué amenazáis
con tanta enemistad.
Oír. Lo que pedimos es
claro como el cristal;
como Dios y el zapato,
más justo que un cabal.
Hombre-niño. Y ¿qué pedís?, que yo
no entiendo qué he de dar.
Oír. Pues si el entendimiento
queréis disimular
tan repetidas veces...
¡Temed!
Mirar. ¡Huid!
Tocar. ¡Temblad!
Gustar. ¡Gemid!, ¡llorad!
Oler. ¡Amparo
a Dios solicitad!
Oír. Porque de su egoísmo
nos vamos a vengar.
Deseo. ¡Venganza!
Hombre-niño. ¿Qué?
Todos. ¡Venganza!
Oír. ¡Será un golpe mortal!
(Se van gesticulando como monigotes de rabia.) (30-40)

Fragmento 5

Amor. ¿Sabes quiénes eran? Mira:
Cinco atribuciones son
que le dio Dios a tu arcilla
para que hagas uso de ellas
cuando te sean precisas.
Cinco espadas que te ayudan
cinco siervos que te sirvan,
cinco canes que te guarden,
cinco opiniones distintas.
(...) De que tus atribuciones
no usen de ti, al revés, cuida;
de que te hieran tus armas;
de no despertar la envidia
de tus siervos, de tus perros
la rabia de sus encías.
(...) Para eso te dio Dios,
además , esa luz íntima,
esa razón, que ha de ser
razón de ser de tu vida.
Para que con mano dura
pongas al Deseo bridas,
que es potro que se desboca
en cuanto ve en la campiña
una carretera fácil
con un lejos de mentiras (47-48)

Fragmento 6

Deseo. (¡Ya es mío! ¡Ya tengo
dueño que a mí, siervo, sirva!)
Pues aguarda, aguarda, a ver
si tus deseos realizas (54).

Fragmento 7

Deseo. No entiendo lo que te pasa.
¿Quieres decirlo al momento?
Hombre. ¡Nada! Que otra sed me abrasa
y otro sudor sobrepasa
las sienes del pensamiento.
(...) Como el singular pastor,
¡ay, Dios!, yo quisiera ser:
¡tener altura!, ¡tener

rebaño!, ¡tener amor!

Deseo. (¿Quién es ese singular?...
¡Malo! ¡Peor!) Dime, dime:
¿a qué vida peculiar
Te quieres aficionar,
que al nombrarla tu voz gime?

Hombre. A una vida de altitud
que me enfríe de verdad
fuegos de la juventud,
donde compaña y virtud
nieve son y soledad.
Donde la paz lana es,
pena acordada la esquila,
reina la blancura y res...
¡Ay! ¿Quién me cambia esta mies
por aquella luz tranquila?

Deseo. (Pastor, me lo has malogrado...
Pero yo haré...) Escucha, escucha:
¿quieres tener un ganado
allá en el monte nevado
con mucha gana?

Hombre. ¡Con mucha!

Deseo. Pues quítaselo al Pastor.

Hombre. ¿Qué dices?

Deseo. Lo que aún no has hecho.

Hombre. ¿Tengo derecho?

Deseo. ¡Temor!
Teniendo fuerza y valor
a todo tienes derecho.

Hombre. No quieras, no, que suscriba
con mi acción toda tu idea.

Deseo. ¿Cómo consientes que viva
él, muy feliz, tan arriba,
y tú, triste, abajo?... ¡Ea!

Que más que tú no ha de ser
nadie. ¿Por qué lo será?
¿No deseas un quehacer
de nada? La paz tener
de arriba? ¡Pues tómala!
(....)
¡Conócele a ese pastor

la sustancia de sus venas!
Sirve la hoz, segador,
para otra cosa mejor
que segar trigo y avenas (97-100)

Fragmento 8

Carne. Todos los bienes
son de todos, marido. Sube a la alta
montaña y quítale lo que no tienes
al pastor y me falta.
(...)
Mirar. No dudes un momento:
la riqueza es de aquel que la acapara.
Oír. El mundo es para todo.
(...)
Carne. ¡Todos somos iguales!
(...)
Gustar. No hay tuyo.
Tocar. No hay cadenas.
Carne. No hay corderos guiados por leones.
Deseo. (Así: ¡más!, ¡más!)
Oír. ¡Abajo, explotadores!
Mirar. ¡Abajo!, yo repito.
Oler. ¡La huelga general, trabajadores!
Gustar. ¡La huelga general!
Tocar. ¡Dios es un mito!
Carne. La religión un tétrico sistema
de incienso que perfuma podredumbre.
(...)
Oír. ¡Ea! ¡A laa lumbre
con los templos!
Oler. Hagamos de sus cosas
un monte de cenizas al momento.
Gustar. Bebamos en las ánforas preciosas.
Tocar. Rompamos las clausuras tenebrosas
del Santo Sacramento.
Carne. Dejemos a sus vírgenes desnudas.
Deseo. ¡Más coraje! ¡Ea, ea!
Oír. A las campanas mudas
y fundidas.
Mirar. ¡Gran cosa!
Oler. ¡Gran idea!

Gustar. Que de su fundición salgan martillos
que nutran de sus hierros la pelea (104-108)

Fragmento 9

(Le hunde en una teta el acero revuelto de la hoz) (...) (Cae haciendo la señal de la cruz en el aire trágico de delante del Hombre, que aún le echa una piedra sobre la tabla de la frente. Danzan los Cinco Sentidos, la Carne y el Deseo alrededor del Hombre con una alegría sucia, mientras él se queda en una abstracción de arrepentimiento, con la punta de la hoz caliente de corazón y goteante. Un resplandor rojo lo inunda todo aciagamente, menos la cueva del Pastor, que tiene su luz permanentemente serena) (123)

Fragmento 10

(Se oye la Voz-de-Verdad en silencio ensordecedor del Desierto) (...)

La Voz-de-Verdad ¡Oíd, criaturas, oíd!
ya están las aguas dispuestas
a limpiar la primera mancha
en un jordán de inocencia.
¡Tened, para recibirlas,
prevenida la cabeza!
El que os tiene que salvar
y ha de venir ¡ya está cerca!
El que os dejará muriendo
por daros la vida eterna,
aún no vive y ya está muerto,
ya está en la cruz y no alienta,
aun no está muerto y ya está
subiéndose a las estrellas.

Hombre. ¡Ay!, ¡qué verdad!

Carne. ¡Qué mentira!

Deseo. ¡Qué farsa!

La Voz-de-Verdad Criatura, ¡llega
a lavarte los pecados
en el río de la pena!
El que te ha de redimir
¡míralo ya cómo albea!

(...)No ha bajado y ya ha subido,
no ha venido y ya está aquí;
aún no está aquí y ya se ha ido,
pálido y descolorido

de amor, de Dios y de ti.

Aún no ha salido del susto
de la virgen que le espera
para darle albergue justo,
y ya está en tierra el arbusto
que ha de hacerlo enredadera.

Antes que El aun no respira
venga, a este río llegad,
que los pecados retira (140-143).

Fragmento 11

(Se llevan los Cinco Sentidos a la Voz-de-Verdad, y la Carne sale tras ellos. Pausa. Se oye un golpe y varios más asesinos. En seguida, *un gran aparato de truenos*, como dice Calderón. Y entra la Carne, danzando con la cabeza de la Voz-de-Verdad dentro de una fuente sopera, caliente el tiesto de la sangre que espira la herida del cuello. Aparece un Sentido limpiando los labios feroces del hacha y los otros cuatro llevando el cuerpo descabezado y grandioso) (149).

Fragmento 12

Carne. ¡Ya no te deseo!
(...)
Oler. Ya no somos
de nuestra naturaleza
sensual, sino de la suya
espiritual y eterna
(...)
Tocar. No queremos más pendencia.
Mirar. Es imposible igualar
la basura y las estrellas.
Deseo. ¿Qué decís? ¡También vosotros
bajo el yugo!: ¡qué vergüenza!
¿Sois vosotros los que ayer
Sacabais las herramientas
a relucir contra él
en declaraciones de guerra?
¡Vosotros, los que pedíais
la igualdad y la cabeza
de todo rey! ¡Los que hicisteis
de reales frutas que eran,
republicanas granadas,

sustrayendo a sus altezas,
acotadas y sangrantes,
las coronas boquiliernas!
¡Vosotros, los que decíais
que las propiedades fuerzan
a hacer propias propiedades
si son propiamente ajenas! (156-157)

Fragmento 13

Deseo. (...) Pero yo me vengaré
de todos. ¡Venganza!, ¡ea!
La revolución social
he de armar en cuanto pueda.
Voy a la *Urreseté*
a dar de todo esto cuenta:
alimentaré los odios,
movilizaré las fuerzas,
hoz y martillo serán
vuestra muerte y nuestro lema;
todas las malas pasiones:
la lascivia, la vileza
de la envidia, la ira roja,
la indignación roja y negra,
y el rencor descolorido,
nuestra más firme defensa.
¡Ay de vosotros, esclavos,
que pasáis hambres sedientas
y no le quitáis el pan
al que lo tira a la acequia
antes de veros comer!...
Esperadme pronto, ¡yueacas!
(Al Hombre)
Y tú, ¡tiembla!, porque aun
no sabes lo que te espera.
(Se va con la boca retorcida) (158)

Texto 6

Sonreídme (finales de 1935)
[Miguel Hernández (2006), *Obras completas*, RBA, vol. I, 519-521].

(...)
Sonreídme, que voy
a donde estáis vosotros los de siempre,

los que cubrís de espigas y racimos la boca del que nos escupe,
los que conmigo en surcos, andamios, fraguas, hornos,
os arrancáis la corona del sudor a diario.

Me libré de los templos: sonreídme,
donde me consumía con tristeza de lámpara
encerrado en el poco aire de los sagrarios.
Salté al monte de donde procedo,
a las viñas donde halla tanta hermana mi sangre
a vuestra compañía de relativo barro.

Agrupo mi hambre, mis penas y estas cicatrices
que llevo de tratar piedras y hachas
a vuestras hambres, vuestras penas y vuestra herrada carne,
porque para calmar nuestra desesperación de toros castigados
habremos de agruparnos oceánicamente.

Nubes tempestuosas de herramientas
para un cielo de manos vengativas
nos es precioso. Ya relampaguean
las hachas y las hoces con su metal crispado,
ya truenan los martillos y los mazos
sobre los pensamientos de los que nos han hecho
burros de carga y bueyes de labor.
Salta el capitalista de su cochino lujo,
huyen arzobispos de sus mitras obscenas,
los notarios y los registradores de la propiedad
caen aplastados bajo furiosos protocolos,
los curas se deciden a ser hombres
y abierta ya la jaula donde actúa de león
queda el oro en la más espantosa miseria.

En vuestros puños quiero ver los rayos contrayéndose,
quiero ver a la cólera tirándoos de las cejas,
la cólera me nubla todas las cosas dentro del corazón
sintiendo el martillazo del hambre en el ombligo (...).

Texto 7

Defensa de Madrid: Madrid y las ciudades de la retaguardia *Al Ataque,* nº 2 (16-1-1937)

[Miguel Hernández (2006), *Obras Completas*, Barcelona, RBA, vol. III, 2166-2167].

Cuando la ciudad de Madrid se conmueve y se desangra por todas sus ventanas y todos sus campos: desnuda, muda y serena, bajo los bombardeos y los cañonazos italianos y alemanes, ansiosos de absorber los hijos

y las riquezas de España; cuando los hombres del pueblo de Madrid, los campesinos y los obreros que sienten en lo más hondo la gran tragedia de la capital de España, desesperadamente deseada y firmemente defendida; cuando estos hombres, digo, están viviendo en las trincheras unos días inacabables de hambre, fuego y muerte, sin dormir, con los ojos dilatados para vigilar los movimientos del enemigo, con las ropas mojadas de barro, de sangre, de lluvia; cuando lo más digno de vivir y perpetuarse de nuestra juventud, de los que sólo anhelan el exterminio de sus verdugos para volver al trabajo de sus talleres y sus arados y no al carguito tal y el sueldecito cual de otros, faltos de alma y excesivos de estómago; cuando lo más digno, digo, desaparece insustituiblemente de sus puestos gloriosos de lucha; cuando la guerra está salpicando de lágrimas el corazón de tantas madres y tantos compañeros; cuando depende de España entera que las vidas derramadas, que se están derramando y que se van a derramar no sean siembra en páramo baldío, veo, siento con pesadumbre y cólera ciudades de retaguardias ajenas, ajenas por completo, a pesar de sus aparatos de carteles y carteleros de propaganda, a la terrible verdad que nos circunda. Dentro de ellas apenas hay otras que no sean carne de carnaval, fingimiento de problemas importantes, burocracia, problemilla, torpezas y mezquindades que hacen apretar los dientes y el alma.

No puede ser. Hemos de acabar con el disfrazado fascismo de orgías, de cobardes resentidos, de señoritos que no podían serlo y son en cuanto pueden. La austeridad y la hombría que impone la guerra a que nos han llevado los traidores extranjerizantes, los enemigos de España y su raza, exigen a gritos depuración y desinfección de las ciudades de retaguardia. El que cree que la victoria es cosa de los demásy no suya debe recibir el duro castigo que se da a los fascistas. No es hora de histriones. El que comercia con el pueblo lo traiciona, lo deshonra y lo vende. Acabemos con los traficantes que hacen mercancía y escarnio del pueblo. Ennobleced vuestro aspecto, ciudades de retaguardia: dignificar vuestro corazón. No deseamos que os metáis en lágrimas, no: pedimos que ordenéis vuestro cuerpo y vuestra alegría; que observéis y arranquéis de raíz de vuestro suelo a los revolucionarios de relumbrón y a los héroes de opereta, y que sintáis la tremenda convulsión que recorre los cimientos de Madrid en vuestros cimientos. Ved al pueblo madrileño sacudido y despedazado, generoso y sangrante, con los colmillos y las mandíbulas asesinas de Hitler y Mussolini alargados hasta sus puertas, y aprended: aprended a defenderos de nuestros enemigos de la misma manera: digna y mudamente enardecidas.

Texto 8

Los cobardes (*Viento del pueblo*, 1937)

[Miguel Hernández (2006), *Obras completas*, RBA, vol. I, 563-566].

Hombres veo que de hombres
solo tienen, solo gastan
el parecer y el cigarro
el pantalón y la barba.

En el corazón son liebres,
gallinas en las entrañas,
galgos de rápido vientre,
que en épocas de paz ladran
y en épocas de cañones
desaparecen del mapa.

Estos hombres, estas liebres,
comisarios de la alarma,
cuando escuchan a cien leguas
el estruendo de las balas,
con singular heroísmo
a la carrera se lanzan,
se les alborota el ano,
el pelo se les espanta.
Valientemente se esconden,
gallardamente se escapan
del campo de los peligros
estas fugitivas cacas,
que me duelen hace tiempo
en los cojones del alma.

¿Dónde iréis que no vayáis
a la muerte liebres pálidas,
podencos de poca fe
y de demasiadas patas?
¿No os avergüenza mirar
en tanto lugar de España
a tanta mujer serena
bajo tantas amenazas?
Un tiro por cada diente
vuestra existencia reclama,
cobardes de piel cobarde
y de corazón de caña.
Tembláis como poseídos

de todo un siglo de escarcha
y vais del sol, a la sombra
llenos de desconfianza.
Halláis los sótanos poco
defendidos por las casas.
Vuestro miedo exige al mundo
batallones de murallas,
barreras de plomo a orillas
de precipicios y zanjas
para nuestra pobre vida,
mezquina de sangre y ansias.
No os basta estar defendidos
por lluvias de sangre hidalga,
que no cesa de caer,
generosamente cálida,
un día tras otro día
a la gleba castellana.
No sentís el llamamiento
de las vidas derramadas.
Para salvar vuestra piel
las madrigueras no os bastan,
no os bastan los agujeros,
ni los retretes ni nada.
Huís y huís, dando al pueblo,
mientras bebéis la distancia,
motivos para mataros
por las corridas espaldas.

Solos se quedan los hombres
al calor de las batallas,
y vosotros lejos de ellas,
queréis ocultar la infamia,
pero el color de cobardes
no se os irá de la cara.

Ocupad los tristes puestos
de la triste telaraña.
Sustituid a la escoba,
y barred con vuestras nalgas
la mierda que vais dejando
donde colocáis la planta.

Texto 9

Rusia (*El hombre acecha*, 1939)

[Miguel Hernández (2006), *Obras completas*, RBA, vol. I, 651-653].

(...) Ah, compañero Stalin: de un pueblo de mendigos
has hecho un pueblo de hombres que sacuden la frente,
y la cárcel ahuyentan, y prodigan los trigos,
como un esfuerzo inmenso le cabe: inmensamente.

De unos hombres que apenas a vivir se atrevían
con la boca amarrada y el sueño esclavizado:
de unos cuerpos que andaban, vacilaban, crujían,
una masa de férreo volumen has forjado.

Has forjado una especie de mineral sencillo,
que observa la conducta del metal más valioso,
perfecciona el motor, y señala el martillo,
la hélice, la salud, con un dedo orgulloso.

Polvo para los zares, los reales bandidos:
Rusia nevada de hambre, dolor y cautiverios.
Ayer sus hijos iban a la muerte vencidos,
hoy proclaman la vida y hunden los cementerios.

Ayer iban sus ríos derritiendo los hielos,
quemados por la sangre de los trabajadores.
Hoy descubren industrias, maquinarias, anhelos,
y cantan rodeados de fábricas y flores.

(...)

Las chozas se convierten en casas de granito.
El corazón se queda desnudo entre verdades.
Y como una visión real de lo inaudito,
brotan sobre la nada bandadas de ciudades.

La juventud de Rusia se esgrime y se agiganta
como un arma afilada por los rinocerontes.
La metalurgia suena dichosa de garganta,
y vibran los martillos de pie sobre los montes.

Con las inagotables vacas de oro yacente
que ordeñan los mineros los montes Urales,
Rusia edifica un mundo feliz y transparente
para los hombres llenos de impulsos fraternales (...).

Texto 10

La URSS y España, fuerzas hermanas.
Nuestra bandera, nº 108 (10-11-1937)

[Miguel Hernández (2006), *Obras completas*, RBA, vol. III, 2230-2231].

Salir de España, donde vivir es vivir en carne viva, y más hoy que nunca; atravesar los Pirineos fue para mí arrancarme de un mundo cálido, desnudo, hirviente de pasión dentro de la paz y de la guerra y hacerme pesar ante una humanidad de cartón, sentada en una comodidad de trenes de primera clase y un silencio de pobres fieras aisladas: hienas leyendo el periódico, sapos eructando chocolate, zorros y lobos mirándose de reojo y gruñendo de tener que rozarse. Cuerpos humanos aficionados a no serlo y propensos a ser larvas, moluscos, carne de pulpo y caracol viscosa, lenta. Esta misma impresión recibí al pasar por Europa camino de la URSS. Peor había de ser la que recibiera, a mi regreso de la URSS, atravesando la isla de Europa: Inglaterra, donde vi a los hombres más encerrados en un egoísmo de aguiluchos, rapaces y en una elegancia monótona, uniforme, llena de bombines, cuellos duros y hoteles como cárceles de recreo: una elegancia de presidiarios capitalistas, que es elegancia, si lo es, por el traje, no por la anatomía, todo rigideces y composturas.

En mi viaje a través de las naciones que hube de transitar para llegar a la patria espiritual de los trabajadores del mundo entero no pude rectificar un gesto hostil, que me salió en la boca y en la frente al enfrentarme con una humanidad automática, mecanizada, sorda por indiferencia egoísta al clamor de los pueblos atropellados; manca por darles ayuda por inhumanidad perezosa, por temor a tender los brazos y retirarlos manchados de sangre.

Al pisar tierras de la URSS volví a sentir sobre mi rostro y mi alma el viento humano respirado por los hombres que no olvidan su ser de carne y hueso, su manera primera ennoblecida por el contacto diario con el trabajo y la vida de los demás.

En los pueblos de la URSS como en los de España late un sentimiento familiar, fraternal de la vida, cegado en otros países, y en los del dominio fascistas sobre todo, por un resentimiento de castrados incapaces de convivir con sus semejantes y sólo capaces de hacer arma mortífera de sus calamidades y defectos. Hitler y Mussolini son dos tipos representativos de esta casta de introvertidos que entienden que la vida es un sillón alto y aislado desde el cual se puede mirar con cejas de superioridad y dirigir despreciativamente el movimiento del mundo.

En trenes poseídos de una pasión errante
por el carbón y el hierro que los provoca y mueve,
y en los tensos aeroplanos de plumaje tajante

recorro la nación del trabajo y la nieve.

De la extensión de Rusia, de sus tiernas ventanas,
sale una voz profunda de máquinas y manos,
que indica entre mujeres: *Aquí están tus hermanas*,
y prorrumpe entre hombres: *Estos son tus hermanos*.

Escribí estos versos y los que les suceden recorriendo las Repúblicas Soviéticas. En sus campos y sus ciudades se convive familiar, comunicativamente. El comunismo es convivencia, relación fraternal de los hombres en sus trabajos y en sus luchas. El fascismo dice al hombre: La vida eres tú solo: todo debe ser para ti. El comunismo, la experiencia de mi viaje por la URSS, me hace afirmar esto firmemente, señala a cada persona: La vida no eres tú solo, que es además el resultado de la unión de tus actividades materiales y espirituales con las mismas actividades de los demás.

En los trenes, en las calles, en los caminos, donde menos se esperaba, el pueblo soviético venía hacia nosotros con los brazos tendidos de sus niños, sus mujeres, sus trabajadores. España y su tragedia tienen una resonancia profunda en el corazón popular de la URSS; y yo he traído de allá una emoción y una decisión de vencer, exasperada por el entusiasmo que vi reflejado en cada boca, en cada mirada, en cada puño de aquellos habitantes que aprendieron desde lejos gritándola nuestra dura consigna de no ser vencido: ¡No pasarán!

El interés de la URSS por nuestra suerte en la guerra alcanza febrilmente a las aldeas y los lugares más escondidos. Tienen una gran fe en nuestra victoria, y Madrid es para ellos la capital del heroísmo.

Yo he cantado la obra gigantesca realizada por el pueblo soviético, que vive y trabaja con alegría y confianza en el porvenir del mundo [Aquí cita, antes de concluir el artículo las dos últimas estrofas del poema «Rusia» que hemos reproducido en el texto anterior].

Texto 11

Teruel (sin fecha)

[Miguel Hernández (2006), *Obras completas*, RBA, vol. I, 637-639].

Líster, la vida, la cantera, el frío:
tú, la vida, tus fuerzas como llamas,
Teruel como un cadáver sobre un río.

La efusión de las piedras y las ramas,
la vida derramando un vino rudo
cerca de aquel cadáver con escamas.

Aquel cadáver defendió su escudo,
su muladar, su herrumbre, su leyenda:

pero la vida prevalece y pudo.

Por mucho que un cadáver se defienda,
la muerte está sitiada, acorralada,
cercada por la vida más tremenda.

Ni con la condición de la nevada
el círculo de hogueras se deshace,
se rompe el cerco de la llamarada.

No hay quien lo enfríe, quien lo despedace.
Retrocede la helada en las orejas
de este fuego vital que sopla y hace.

Contra la muerte, contra sus ovejas,
quemando de bravura el armamento,
disparas las pasiones y las cejas.

Líster, la vida, piedra del portento,
necesita una forma victoriosa,
y habrás de trabajarla con tu aliento.

Cantero de la piedra en cada cosa,
exiges la materia de tu hispano
granito, que es la piedra más hermosa.

En el granito se probó tu mano,
como en la harina, el yeso y la madera
se prueba tanto puño de artesano.

Eso es hacer la mano duradera,
y eso es vivir a prueba de peñones,
y eso es ahondar la sangre y la cantera.

Sobre el cadáver de Teruel te impones,
y el alma en los disparos se te escapa
frente a la nieve y a sus municiones.

Impulsos con el aire de tu capa
das a tu potro, puesto en cada instante
a recobrar las pérdidas del mapa.

Yo me encontré con este comandante,
bajo la luz de los dinamiteros,
en el camino de Teruel, delante.

Han cogido a la muerte los canteros
la primera ciudad, y en esta historia
se han derramado varios compañeros.

En su sangre se envuelva la victoria.

Texto 12

Pasionaria (*Viento del pueblo*, 1937)

[Miguel Hernández (2006), *Obras completas*, RBA, vol. I, 607-610].

Moriré como el pájaro: cantando,
penetrado de pluma y entereza,
sobre la duradera claridad de las cosas.
Cantando ha de cogerme el hoyo blando,
Tendida el alma, vuelta la cabeza
hacia las hermosuras más hermosas.

Una mujer que es una estepa sola
habitada de aceros y criaturas,
sube de espuma y atraviesa de ola
por este municipio de hermosuras.

Dan ganas de besar los pies y la sonrisa
a esta herida española,
y aquel gesto que lleva de nación enlutada,
y aquella tierra que de pronto pisa
como si contuviera la tierra en la pisada.

Fuego la enciende, fuego la alimenta:
Fuego que crece, quema y apasiona
desde el almendro en flor de su osamenta.
A sus pies, la ceniza más helada se encona.

Vasca de generosos yacimientos:
encina, piedra, vida, hierba noble,
naciste para dar dirección a los vientos,
naciste para ser esposa de algún roble.

Sólo los montes pueden sostenerte
grabada estás en tronco sensitivo,
esculpida en el sol de los viñedos.
El minero descubre por oírte y por verte
las sordas galerías del mineral cautivo,
y a través de la tierra las lleva hasta tus dedos.

Tus dedos y tus uñas fulgen como carbones,
amenazando fuego hasta los astros
porque en mitad de la palabra pones
una sangre que deja fósforo entre sus rastros.

Claman tus brazos que hacen hasta espuma
al chocar contra el viento:
se desbordan tu pecho y tus arterias

porque tanta maleza se consuma,
porque tanto tormento,
porque tantas miserias.

Los herreros te cantan al son de la herrería,
Pasionaria el pastor escribe la cayada
y el pescador a besos te dibuja en las velas.

Oscuro el mediodía,
la mujer redimida y agrandada,
naufragadas y heridas las gacelas
se reconocen al fulgor que envía
tu voz incandescente, manantial de candelas.

Quemando con el fuego de cal abrasada,
hablando con la boca de los pozos mineros,
mujer, España, madre en infinito,
eres capaz de producir luceros,
eres capaz de arder de un solo grito.
Pierden maldad y sombra tigres y carceleros.

Por tu voz habla España la de las cordilleras,
la de los brazos pobres y explotados,
crecen los héroes llenos de palmeras
y mueren saludándote pilotos y soldados.

Oyéndote batir como cubierta
de meridianos, yunques y cigarras,
el varón español sale a su puerta
a sufrir recorriendo llanuras de guitarras.

Ardiendo quedarás enardecida
sobre el arco nublado del olvido,
sobre el tiempo que teme sobrepasar tu vida
y toca como un ciego, bajo un puente
de ceño envejecido,
un violín lastimado e impotente.

Tu cincelada fuerza lucirá eternamente,
fogosamente plena de destellos.
Y aquel que de la cárcel fue mordido
terminará su llanto en tus cabellos.

Texto 13

Rosario, dinamitera (*Viento del pueblo*, 1937)

[Miguel Hernández (2006), *Obras completas*, RBA, vol. I, 579-580].

Rosario, dinamitera,

sobre tu mano bonita
celaba la dinamita
sus atributos de fiera.
Nadie al mirarla creyera
que había en su corazón
una desesperación,
de cristales, de metralla
ansiosa de una batalla,
sedienta de una explosión.

Era tu mano derecha,
capaz de fundir leones,
la flor de las municiones
y el anhelo de la mecha.
Rosario, buena cosecha,
alta como un campanario,
sembrabas al adversario
de dinamita furiosa
y era tu mano una rosa
enfurecida, Rosario.

Buitrago ha sido testigo
de la condición de rayo
de las hazañas que callo
y de la mano que digo.
¡Bien conoció el enemigo
la mano de esta doncella,
que hoy no es mano porque ella,
que ni un solo dedo agita,
se prendió la dinamita
y la convirtió en estrella!

Rosario, dinamitera,
puedes ser varón y eres
la nata de las mujeres,
la espuma de la trinchera.
Digna como una bandera
de triunfos y resplandores,
dinamiteros pastores,
vedla agitando su aliento
y dad las bombas al viento
del alma de los traidores.

Texto 14

Elegía primera (*Viento del pueblo*, 1937)

[Miguel Hernández (2006), *Obras completas*, RBA, vol. I, 551-555].

A Federico García Lorca, poeta.

Atraviesa la muerte con herrumbrosas lanzas,
y en traje de cañón, las parameras
donde cultiva el hombre raíces y esperanzas,
y llueve sal, y esparce calaveras.

Verdura de las eras,
¿qué tiempo prevalece la alegría?
El sol pudre la sangre, la cubre de asechanzas
y hace brotar la sombra más sombría.

El dolor y su manto
vienen una vez más a nuestro encuentro.
Y una vez más al callejón del llanto
lluviosamente entro.

Siempre me veo dentro
de esta sombra de acíbar revocada,
amasada con ojos y bordones,
que un candil de agonía tiene puesto a la entrada
y un rabioso collar de corazones.

Llorar dentro de un pozo,
en la misma raíz desconsolada
del agua, del sollozo,
del corazón quisiera:
donde nadie me viera la voz ni la mirada,
ni restos de mis lágrimas me viera.

Entro despacio, se me cae la frente
despacio, el corazón se me desgarra
despacio, y despaciosa y negramente
vuelvo a llorar al pie de una guitarra.

Entre todos los muertos de elegía,
sin olvidar el eco de ninguno,
por haber resonado más en el alma mía,
la mano de mi llanto escoge uno.

Federico García
hasta ayer se llamó: polvo se llama.
Ayer tuvo un espacio bajo el día

que hoy el hoyo le da bajo la grama.

¡Tanto fue! ¡Tanto fuiste y ya no eres!
Tu agitada alegría,
que agitaba columnas y alfileres,
de tus dientes arrancas y sacudes,
y ya te pones triste, y sólo quieres
ya el paraíso de los ataúdes.

Vestido de esqueleto,
durmiéndote de plomo,
de indiferencia armado y de respeto,
te veo entre tus cejas si me asomo.

Se ha llevado tu vida de palomo,
que ceñía de espuma
y de arrullos el cielo y las ventanas,
como un raudal de pluma
el viento que se lleva las semanas.

Primo de las manzanas,
no podrá con tu savia la carcoma,
no podrá con tu muerte la lengua del gusano,
y para dar salud fiera a su poma
elegirá tus huesos el manzano.

Cegado el manantial de tu saliva,
hijo de la paloma,
nieto del ruiseñor y de la oliva:
serás, mientras la tierra vaya y vuelva,
esposo siempre de la siempreviva,
estiércol padre de la madreselva.

¡Qué sencilla es la muerte: qué sencilla,
pero qué injustamente arrebatada!
No sabe andar despacio, y acuchilla
cuando menos se espera su turbia cuchillada.

Tú, el más firme edificio, destruido,
tú, el gavilán más alto, desplomado,
tú, el más grande rugido,
callado, y más callado, y más callado.

Caiga tu alegre sangre de granado,
como un derrumbamiento de martillos feroces,
sobre quien te detuvo mortalmente.
Salivazos y hoces

caigan sobre la mancha de su frente.

Muere un poeta y la creación se siente
herida y moribunda en las entrañas.
Un cósmico temblor de escalofríos
mueve temiblemente las montañas,
un resplandor de muerte la matriz de los ríos.

Oigo pueblos de aves y valles de lamentos,
veo un bosque de ojos nunca enjutos,
avenidas de lágrimas y mantos:
y en torbellinos de hojas y de vientos,
lutos tras otros lutos y otros lutos,
llantos tras otros llantos y otros llantos.

No aventarán, no arrastrarán tus huesos,
volcán de arrope, trueno de panales,
poeta entretejido, dulce, amargo,
que el calor de los besos
sentiste, entre dos largas hileras de puñales,
largo amor, muerte larga, fuego largo.

Por hacer a tu muerte compañía,
vienen poblando todos los rincones
del cielo y de la tierra bandadas de armonía,
relámpagos de azules vibraciones.
Crótalos granizados a montones,
batallones de flautas, panderos y gitanos,
ráfagas de abejorros y violines,
tormentas de guitarras y pianos,
irrupciones de trompas y clarines.

Pero el silencio puede más que tanto instrumento.

Silencioso, desierto, polvoriento
que la muerte desierta,
parece que tu lengua, que tu aliento,
los ha cerrado el golpe de una puerta.

Como si paseara con tu sombra,
paseo con la mía
por una tierra que el silencio alfombra,
que el ciprés apetece más sombría.

Rodea mi garganta tu agonía
como un hierro de horca
y pruebo una bebida funeraria.

Tú sabes, Federico García Lorca,
que soy de los que gozan una muerte diaria.

Texto 15

Elegía segunda (*Viento del pueblo*, 1937)

[Miguel Hernández (2006), *Obras completas*, RBA, vol. I, 566-569].

A Pablo de la Torriente, comisario político

«Me quedaré en España, compañero»,
Me dijiste con gesto enamorado.
Y al fin sin tu edificio tronante de guerrero
en la hierba de España te has quedado.

Nadie llora a tu lado:
desde el soldado al duro comandante,
todos te ven, te cercan y te atienden
con ojos de granito amenazante,
con cejas incendiadas que todo el cielo encienden.

Valentín el volcán, que si llora algún día
será con unas lágrimas de hierro,
se viste emocionado de alegría,
para robustecer el río de tu entierro.

Como yunque que pierde su martillo,
Manuel Moral se calla
colérico y sencillo.

Y hay muchos capitanes y muchos comisarios
quitándote pedazos de metralla,
poniéndote trofeos funerarios.

Ya no hablarás de vivos y de muertos,
ya disfrutarás la muerte del héroe, ya la vida
no te verá en las calles ni en los puertos
pasar como una ráfaga garrida.

Pablo de la Torriente,
has quedado en España
y en mi alma caído:
nunca se pondrá el sol sobre tu frente,
heredará tu altura la montaña
y tu valor el toro del bramido.

De una forma vestida de preclara
has perdido las plumas y los besos,
con el sol español puesto en la cara

y el de Cuba en los huesos.

Pasad ante el cubano generoso,
hombres de su Brigada,
con el fusil furioso,
las botas iracundas y la mano crispada.

Miradlo sonriendo a los terrones,
y exigiendo venganza bajo sus dientes mudos
a nuestros más floridos batallones
y a sus varones como rayo rudos.

Ante Pablo los días se abstienen ya y no andan.
No temáis que se extinga su sangre sin objeto,
porque éste es de los muertos que crecen y se agrandan
aunque el tiempo devaste su gigante esqueleto.

Texto 16

Aceituneros (*Viento del pueblo*, 1937)

[Miguel Hernández (2006), *Obras completas*, RBA, vol. I, 585-586].

Andaluces de Jaén,
aceituneros altivos,
decidme en el alma: ¿quién,
quién levantó los olivos?

No los levantó la nada,
ni el dinero, ni el señor,
sino la tierra callada,
el trabajo y el sudor.

Unidos al agua pura
y a los planetas unidos,
los tres dieron la hermosura
de los troncos retorcidos.

Levántate, olivo cano,
dijeron al pie del viento.
Y el olivo alzó una mano
poderosa de cimiento.

Andaluces de Jaén,
aceituneros altivos,
decidme en el alma: ¿quién
amamantó los olivos?

Vuestra sangre, vuestra vida,
no la del explotador

que se enriqueció en la herida
generosa del sudor.

No la del terrateniente
que os sepultó en la pobreza,
que os pisoteó la frente,
que os redujo la cabeza.

Árboles que vuestro afán
consagró al centro del día
eran principio de un pan
que sólo el otro comía.

¡Cuántos siglos de aceituna,
los pies y las manos presos,
sol a sol y luna a luna,
pesan sobre vuestros huesos!

Andaluces de Jaén,
aceituneros altivos,
pregunta mi alma: ¿de quién,
de quién son estos olivos?

Jaén, levántate brava
sobre tus piedras lunares,
no vayas a ser esclava
con todos tus olivares.

Dentro de la claridad
del aceite y sus aromas,
indican tu libertad
la libertad de tus lomas.

Texto 17

Vientos del pueblo me llevan (*Viento del pueblo*, 1937)

[Miguel Hernández (2006), *Obras completas*, RBA, vol. I, 557-560].

Vientos del pueblo me llevan,
vientos del pueblo me arrastran,
me esparcen el corazón
y me aventan la garganta.

Los bueyes doblan la frente,
impotentemente mansa,
delante de los castigos:
los leones la levantan
y al mismo tiempo castigan
con su clamorosa zarpa.

No soy de un pueblo de bueyes,
que soy de un pueblo que embargan
yacimientos de leones,
desfiladeros de águilas
y cordilleras de toros
con el orgullo en el asta.
Nunca medraron los bueyes
en los páramos de España.
¿Quién habló de echar un yugo
sobre el cuello de esta raza?
¿Quién ha puesto al huracán
jamás ni yugos ni trabas,
ni quién al rayo detuvo
prisionero en una jaula?

Asturianos de braveza,
vascos de piedra blindada,
valencianos de alegría
y castellanos de alma,
labrados como la tierra
y airosos como las alas;
andaluces de relámpagos,
nacidos entre guitarras
y forjados en los yunques
torrenciales de las lágrimas;
extremeños de centeno,
gallegos de lluvia y calma,
catalanes de firmeza,
aragoneses de casta,
murcianos de dinamita
frutalmente propagada,
leoneses, navarros, dueños
del hambre, el sudor y el hacha,
reyes de la minería,
señores de la labranza,
hombres que entre las raíces,
como raíces gallardas,
vais de la vida a la muerte,
vais de la nada a la nada:
yugos os quieren poner
gentes de la hierba mala,
yugos que habéis de dejar

rotos sobre sus espaldas.
Crepúsculo de los bueyes
está despuntando el alba.

Los bueyes mueren vestidos
de humildad y olor de cuadra:
las águilas, los leones
y los toros de arrogancia,
y detrás de ellos, el cielo
ni se enturbia ni se acaba.
La agonía de los bueyes
tiene pequeña la cara,
la del animal varón
toda la creación agranda.

Si me muero, que me muera
con la cabeza muy alta.
Muerto y veinte veces muerto,
la boca contra la grama,
tendré apretados los dientes
y decidida la barba.

Cantando espero a la muerte,
que hay ruiseñores que cantan
encima de los fusiles
y en medio de las batallas.

IV

BIBLIOGRAFÍA

ALCARAZ, Felipe (2010), «Resulta que el poeta Miguel Hernández era comunista», *Mundo Obrero*, 220, 32.

BALLESTA, Juan Cano (coord.) (1978), *En torno a Miguel Hernández*, Madrid, Castalia.

BECERRA MAYOR, David (2010a), «Miguel Hernández en su radical historicidad», *Nuestra bandera*, 224-225 (131-146).

— (2010b), «La muerte hermenéutica de Miguel Hernández», *Revista de crítica literaria marxista*, 4 (37-43).

— (2011), «Miguel Hernández o la dignidad de la resistencia», en Julio Rodríguez Puértolas (coord.), *La República y la cultura*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (102-113).

— (2012), «El enemigo no ha cesado de vender. El caso de Miguel Hernández», *Mundo Obrero*, 254 (10)

— (2013), «Miguel Hernández, a pierna cambiada», *Panenka: el fútbol que se lee*, 18 (72-75).

— (en prensa), «Miguel Hernández, el más grande poeta nuevo del catolicismo español».

— y ANTÓN FERNÁNDEZ, Antonio J. (2010), *Miguel Hernández. La voz de la herida*, Córdoba, El Páramo.

BENJAMIN, Walter (2008), *Sobre el concepto de Historia*, en *Obras* (libro I/vol. 2), Madrid, Abada.

BIRULÉS I BERTRÁN, Fina (2010), «Nedar contra les ones. Memòria i política en Walter Benjamin», *Quaderns del memorial democràtic*, 1, 39-41.

BLASCO, Ricardo (1977), «Miguel Hernández, corresponsal de guerra», *Nueva Historia*, 3-4, (64-81).

CABRERA, Daniel H. (2010), «El *atrás* como fantasmagoría moderna», *Anthropos* («Walter Benjamin. La experiencia de una voz crítica, creativa y disidente»), 225, 41-51.

CHEVALIER, Maurice (1973), *L'homme, ses oeuvres et son destin dans la poésie de Miguel Hernández*, Lille.

Collado, Pedro (1993), *Miguel Hernández y su tiempo*, Madrid, Vosa.

COUFFON, Claude (1967), *Orihuela y Miguel Hernández*, Losada, Buenos Aires.

ECHEVERRÍA, Bolívar (2005), «El ángel de la historia y el materialismo histórico», en Bolívar Echeverría (comp.), *La mirada del*

ángel. En torno a las Tesis sobre la Historia *de Walter Benjamin*, Universidad Nacional Autónoma de México/Era, 23-33.

ESCALERA CORDERO, Matías (2010): «Petición de disculpas a Miguel Hernández (ahora que vamos a matarlo por segunda y definitiva vez)», en VVAA, *Para Miguel (centenario del poeta, 1910-2010)*, Sevilla, Atrapasueños, 71-72.

FERRIS, José Luis (2000), Introducción a Miguel Hernández, *Antología poética*, Madrid, Austral, (15-66).

— (2002), Miguel Hernández. *Pasiones, cárcel y muerte de un poeta*, Madrid, Temas de Hoy.

GARCÍA MONTERO, Luis (2010), «El tiempo amarillo», *El País semanal*, 1.745, 48.

GIBSON, Ian (2007), *Cuatro poetas en guerra. Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Federico García Lorca, Miguel Hernández*, Madrid, Booket.

GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto (1979), *Memorias de un dictador*, Barcelona, Planeta.

GÓMEZ I PATIÑO, María (1997), «Miguel Hernández y el 1° de Mayo en la Guerra Civil Española», *Cuadernos Republicanos*, 31(39-44).

— (1999): *Propaganda poética en Miguel Hernández. Un análisis de su discurso periodístico y político* (1936-1939), Valencia, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert.

GUEREÑA, Jacinto-Luis (1978), *Miguel Hernández. Biografía ilustrada*, Barcelona, Destino.

GUERRA, Alfonso (2010), «Inocencia y compromiso», *El País semanal*, 1.745, 40-43.

GUERRERO ZAMORA, Juan (1955), *Miguel Hernández, poeta*, Madrid, Grifón.

GUILLÉN, Nicolás (1943): «Milicia y permanencia de Miguel Hernández», *Homenaje a Miguel Hernández*, La Habana, (9-14).

GUITIÉRREZ CARBONELL, Miguel (1992), *Proceso y expediente contra Miguel Hernández (Ensayo jurídico sobre el Derecho Represor Franquista. 1936-45)*, Alicante, Asociación de Estudios Miguel Hernández.

HERNÁNDEZ, Miguel (1986), *Epistolario*, Madrid, Alianza.

— (1988), *Cartas a Josefina*, Madrid, Alianza.

— (2000), *Antología poética*, edición de José Luis Ferris, Madrid, Austral.

—(2006), *Obras completas*, Barcelona, RBA, 3 vols.

LEÓN, María Teresa, *Memoria de la melancolía*, Barcelona, Bruguera, 1979.

LÖWY, Michael (2005), «Reflexiones sobre América Latina a partir de Walter Benjamin», en Bolívar Echeverría (comp.), *La mirada del ángel. En torno a las* Tesis sobre la Historia *de Walter Benjamin*, Universidad Nacional Autónoma de México/Era, 2005, 35-43.

MANRESA, Josefina (1980), *Recuerdos de la viuda de Miguel Hernández*, Madrid, De La Torre.

MARTÍN, Eutimio (1992), «La militancia comunista de Miguel Hernández», *Ínsula*, 544, (5-7).

— (2010), *El oficio de poeta. Miguel Hernández*, Madrid, Aguilar.

MARTÍNEZ ARENAS, José (1963), *De mi vida: hombres y libros*, Valencia, Tipografía Moderna.

MARX, Karl; ENGELS, Friedrich (1974), *La ideología alemana*, México, Cultura Popular.

MUÑOZ HIDALGO, Manuel (1975), *Cómo fue Miguel Hernández*, Barcelona, Planeta.

MUÑOZ MOLINA, Antonio (2010), «Nacido para el luto», *El País semanal*, 1.745, 34-39.

NERUDA, Pablo (1981), *Para nacer he nacido*, Barcelona, Bruguera,

NÚÑEZ, Miguel (2002), *La revolución y el deseo*, Barcelona, Península/Atalaya.

PARRA, Manuel (2010), «Miguel Hernández: desde una ortodoxa y estética visión a rebeldes y revolucionarias perspectivas. Ideologías y estéticas dominantes en su entorno cuando publicó sus primeras creaciones», *Nuestra bandera*, nº 224-225, págs. 49-67.

PERUS, Françoise (1976), «Estructura social y producción intelectual», en *Literatura y sociedad en América latina: el modernismo*, México, Siglo XXI, 1976, págs. 23-49.

PRADO, Benjamín (2001), *Los nombres de Antígona*, Madrid, Aguilar.

PUCCINI, Darío (1987), *Miguel Hernández: Vida y poesía y otros estudios hernandianos*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert.

RAMOS, Vicente (1973), *Miguel Hernández*, Madrid, Gredos.

REYES MATE, Manuel (2009), *Medianoche en la historia. Comentarios a la tesis de Walter Benjamin "Sobre el concepto de historia"*, Madrid, Trotta.

RODRÍGUEZ, Juan Carlos (1991), *Teoría e Historia de la producción ideológica*, Madrid, Akal.

RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio (2008), *Historia de la literatura fascista española*, Madrid, Akal, 2 vols.

— (coord.), Carlos Blanco Aguinaga e Iris M. Zavala (2000), *Historia social de la literatura española*, Madrid, Akal, 2 vols.

ROVIRA, José Carlos (coord.) (1993), *Miguel Hernández, cincuenta años después. Actas del I Congreso Internacional. Alicante, Elche, Orihuela, marzo de 1992*, Alicante, Comisión de Homenaje a Miguel Hernández, 2 vol.

SÁNCHEZ VIDAL, Agustín (1992), *Miguel Hernández, desamordazado y regresado*, Planeta, Barcelona.

SERRAT, Joan Manuel (2010), «Versos para cantar», *El País semanal*, 1.745, 45.

TRAPIELLO, Andrés (1984), «¿Quién piensa en 1936?», *El País* (18 de noviembre).

— (2001), «El hedor del dinero», *Magacín, La Vanguardia* (11 de marzo).

VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel (22-05-1976), «Homenaje nacional a: Miguel Hernández», *Triunfo*, 695, (19).

VVAA (2008), *Anthropos*, 220, *Miguel Hernández. Una nueva visión de su creación poética y plural.*

ZARDOYA, Concha (1955), *Miguel Hernández (1910-1942). Vida y obra. Bibliografía. Antología*, New York, Hispanic Institut, Columbia University.

BIBLIOTECA CRÍTICA LUSO HISPÁNICA

Últimos títulos:

35. *El desfío de la incongruencia: La literatura de Ramón Gómez de la Serna*
Alan Hoyle

36. *La cigarrera revolucionaria:* La Tribuna *de Emilia Pardo Bazán*
Marisa Sotelo Vázquez

37. *EL Oriente deseado. Aproximación lacaniana a Rubén Darío*
Gustavo Geirola

38. *Una revolución estética. El romanticismo en Hispanoamérica*
Viktoria Kritikou

39. *Sobre la ceguera y la visión: Cuatro novelas de Benito Pérez Galdós*
Michael A. Gómez

40. *Contagio sublime: Manuel José Quintana y el republicanismo clásico*
José A. Valero

41. *Un pionero de la metafraseología: Velentín García Yebra*
Anthí Papageorgíou

42. *Creación y destrucción del Imperio: Nombrar en* Tirano Banderas *de Valle-Inclán*
Christina Karageorgou-Bastea

43. Un *murciano* entre la *gauche divine*: *Últimas tardes con Teresa* de Juan Marsé
Blanca Ripoll Sintes

44. ¿De la estética al compromiso? El viaje de Julio Cortázar
Raquel Arias Careaga

La obra de juventud de Miguel Hernández poco tiene que ver con aquella que, acaso por justicia poética, ha perdurado en el tiempo y en nuestra memoria. Sus versos escritos en el frente de batalla, arengando a los soldados y reivindicando el valor del trabajo de los campesinos sobre el beneficio de los amos ociosos, o los poemas escritos en las cárceles franquistas, distan mucho de parecerse a su obra escrita entre 1930 y 1934. En este periodo, su poesía transpira «demasiado olor a iglesia» y a «tufo sotánico-satánico», como le diría Pablo Neruda. Quien terminaría siendo uno de los más insignes poetas comunistas y ferviente defensor de la República durante la Guerra Civil española, tomando ora la pluma, ora la espada –o mejor dicho: el fusil–, durante su juventud escribió y publicó versos de inspiración católica e, incluso, podríamos afirmar, de tendencia filofascista. Pero, ¿a qué se debe este cambio? ¿Podemos hablar de evolución o es más pertinente hacerlo de ruptura? Porque, ¿cómo es posible que quien muriera defendiendo sus ideales republicanos y aun comunistas, estuviera tan próximo al fascismo en sus inicios poéticos? Resultará imprescindible estudiar a Miguel Hernández en su *radical historicidad*.

ISBN 84-7923-508-X
9788479235086